

Hispania

Política, Comercio, Literatura, Artes y Ciencias.

The Journal of the Spanish-speaking World.

AÑO V.—VOL. V.—NÚM. 53. LONDRES, MAYO 1.º DE 1916.

PRECIO (\$0.10 al ejemplar.
\$1.00 por año.

CONTENIDO:

PÁGINA

ACTUALIDAD:

La Política Latino-Americana de los Estados Unidos	Richard Olney	1591
La Mala Hierba del Marxismo	Luis Araquistáin	1595
Signos Estelares	β	1596
La Doctrina Monroe y las Repúblicas Latino-Americanas	M. Covarrubias	1597
La Rebelión Irlandesa	Eugenio Xammar	1598
Filosofías en Pugna	P. Palacios	1599
La Muerte de Eugenio Jacquet		1600

ARTES Y LETRAS:

El Proceso de Nariño	B. S. C.	1601
La Nación de las Madres	James Douglas	1603

POESÍA:

Corazón. — El Enmascarado	Amado Nervo	1604
Autre Image pour Expliquer aux Petits la Grande Guerre	M. Gutiérrez Samper	1604

APOSTILLAS DE LA GUERRA:

El Manifiesto de los Norte-Americanos. — A los Falsificadores de Cigarros Habanos. — Los Maestros de Escuela Franceses. — La Infamia de Wittenberg	Ali-ben-Atiatar	1605
--	-----------------	------

NOTICIAS:

La Liga de los Neutrales — Puntos sobre las Iles		1607
--	--	------

CORRESPONDENCIA:

Carta de un Sud-Americano		1608
---------------------------	--	------

BIBLIOGRAFÍA:

Cervantes y Don Quijote	Alfonso Robledo	1609
-------------------------	-----------------	------

Diríjase la correspondencia a 7, Sicilian Avenue, Southampton Row, Londres.

La responsabilidad de los artículos firmados es exclusivamente de sus autores.

HISPANIA no prestará ninguna atención a los comunicados anónimos.

NOTICE TO ADVERTISERS.

All Advertisements and change of copy should reach us by the 20th May to be in time for the June issue.

ACTUALIDAD.

LA POLÍTICA LATINO-AMERICANA DE LOS ESTADOS UNIDOS.

POR RICHARD OLNEY,

(Antiguo Secretario de Estado de los Estados Unidos.) (1)

HACE veinte años apareció como necesario recurrir a la práctica aplicación de la Doctrina Monroe, y en tal virtud esa aplicación tuvo lugar. Los acontecimientos subsiguientes, de entonces para acá, no han debilitado esa Doctrina; antes bien, han ensanchado su radio de acción y han aumentado el asenso que la tiene nuestro pueblo.

Las relaciones entre los Estados Unidos y los países de Sur y Centro-América — a los que se designa colectivamente como la América Latina — por lo general han sido amigables, aunque no íntimas. Esos países han estado en sus relaciones comerciales y financieras casi exclusivamente con Europa, y sus relaciones con los Estados Unidos, han sido casi únicamente superficiales y oficiales. La sola excepción señalada a este estado de cosas ha consistido en la Doctrina Monroe, la que es una regla de política, según la cual los Estados Unidos se declaran prontos a resistir toda agresión por parte de un Estado europeo, en contra de la independencia o de la integridad territorial de cualquier otro Estado

(1) Artículo traducido de *The North American Review*, con autorización del autor.

americano. Esta política solamente significa protección y seguridad para cualquier otro Estado americano, y, si se la mantiene y se la ejerce de buena fe, no es fácil que pueda ser rechazada por ningún otro Estado americano. Vista de esta suerte, la política encarnada en la Doctrina Monroe se dirige únicamente contra Europa, y, hasta dentro de época reciente, constituía la integridad de nuestra política latino-americana.

En los últimos tiempos, sin embargo, los Estados Unidos han desarrollado ciertas reglas de acción respecto de la América Latina, las que, en vez de tender en contra de Europa, decididamente favorecen los intereses europeos. La única relación entre la Doctrina Monroe y esa nueva política, radica en el deseo y en el propósito por parte de los Estados Unidos, de evitar todo choque con Europa que pudiera surgir si sobreviniera el caso de una aplicación práctica de la Doctrina Monroe. Acaso lo que se ha hecho durante el desarrollo de esta nueva política, pueda ser considerado como un reconocimiento tácito y como una aceptación de las pretensiones de los juristas y estadistas europeos, según las cuales, si los Estados Unidos asumen la protección de la independencia política y de la integridad territorial de otros Estados americanos, también deben asumir la responsabilidad de que esos Estados respeten y cumplan sus deberes y obligaciones internacionales. Eso es precisamente lo que los Estados Unidos han hecho y están haciendo, con el consentimiento de los Estados europeos, en varios casos bien conocidos. En vez de mantenerse alejados, como simples espectadores, en tanto que un Estado europeo vindicaba por la fuerza sus derechos internacionales contra un Estado americano, turbulento o en mora respecto de sus pagos, los Estados Unidos han intervenido; han alejado del territorio del Estado americano al Estado europeo agresor, y han establecido el cumplimiento de la justicia internacional. También se han encargado de proteger la vida y la hacienda de los europeos, amenazados por motines o movimientos revolucionarios. Han exigido indemnizaciones y multas por daños causados a súbditos europeos, han cobrado acreencias de Estados europeos y de sus ciudadanos, y, a tal efecto, han ocupado puertos y han recaudado y distribuido el producto de las rentas aduaneras. En tales casos, en realidad, los Estados Unidos han asumido deberes y fideicomisos

análogos a los que se consideran como privativos del síndico de una corporación en bancarota. Que esta política suplemental, según queda descrita, sea o no sea la consecuencia lógica e inevitable de la Doctrina Monroe, el hecho es que la dicha Doctrina, en su nueva forma, ya no se dirige únicamente contra Europa, sino que también entraña una usurpación de derechos respecto de los Estados americanos mismos. Es una política que, en cuanto se refiere a dichos Estados, de hecho cercena la independencia de esos Estados. La naturaleza de las cosas no se altera por el hecho de que la intervención de los Estados Unidos, en la forma descrita, pueda redundar en beneficio de dichos Estados. Esa intervención pugna abiertamente con el principio fundamental del Derecho de Gentes, que establece la absoluta igualdad entre todos los Estados soberanos, grandes o pequeños.

Nuestra política latino-americana, que hasta ahora, en realidad, se había mantenido dentro de los límites de la Doctrina Monroe y de sus corolarios, por fuerza se ha ensanchado en forma absolutamente nueva, en razón de nuestra adquisición del Canal de Panamá y de la Zona del Canal. Los Estados Unidos son hoy una potencia sud-americana, poseedora en ese continente de extensos intereses territoriales, adquiridos a un inmenso costo. Tienen en su poder el Canal, en un carácter de dobles depositarios: por un lado en representación de su propio pueblo, en nombre del cual les incumbe lograr que el funcionamiento del Canal sea lo más eficaz y remunerativo, dentro de lo posible y de lo justo, y lo tienen también en representación del mundo civilizado, ya que se han comprometido a darles a todas las naciones facilidades y condiciones idénticas para el uso del Canal. En entrambos casos, los Estados Unidos han asumido el deber de proteger el Canal contra todo ataque de cualquiera naturaleza, ya sea que él venga en la forma de invasión militar o de competencia económica. Por una parte, los Estados Unidos han fortificado el Canal, y tomarán sin duda las medidas necesarias para protegerlo contra todo ataque militar; y por otra, ya han iniciado los pasos conducentes para asegurarse el privilegio o prerrogativa de compra de cualesquiera otras vías practicables para la construcción de otro u otros canales, que pudieran hacerle la competencia al de Panamá.

Aparece claramente de estas premisas, que la política latino-americana de los Estados Unidos, entraña hoy los siguientes objetivos:

Primero. Poner a salvo a todos y a cada uno de los Estados americanos contra toda pérdida de independencia o de territorio, a manos de Potencias europeas. Como medios para lograr tales fines, los Estados Unidos resistirán toda agresión por parte de dichas Potencias, con las armas, si fuere necesario; en el caso de Estados débiles o atrasados, y para disipar todo pretexto de semejantes agresiones, los Estados Unidos mismos se encargarán de hacer lo necesario para que esos Estados cumplan sus deberes internacionales.

Segundo. Asegurar los propios intereses de los Estados Unidos en el Canal de Panamá, adoptando para ello cualesquiera medidas militares que puedan resultar oportunas o necesarias; y

Tercero. Proteger sus intereses en el Canal de Panamá y en la Zona por cuantos medios fueren oportunos y necesarios, e impedir toda competencia injusta o ruinosa.

Siendo éstos los objetivos generales de nuestra actual política latino-americana, ¿cuál es por parte de los Estados Unidos el método mejor y más obvio de proceder para lograrlos? A guisa de prefacio, acaso convenga observar que la Doctrina Monroe se ha discutido extensamente en la prensa, y en otros lugares, durante los últimos veinte años, y que de esa discusión han resultado algunas proposiciones enteramente nuevas. La más violenta de éstas, ha sido la de que la Doctrina Monroe ya es arcaica en nuestros días; pero esa pretensión, no solamente no sirve a ningún propósito útil, sino que cercena nuestra libertad de consultar nuestros propios intereses, y por esta razón, sin vacilar, debe consignársela al montón de los ferrajes de desecho. Un ex-Presidente de los Estados Unidos modifica esa concepción de las cosas, sosteniendo que la Doctrina

Monroe no debe considerarse ya como aplicable a aquellos de los Estados sud-americanos que mantienen Gobiernos estables, legalmente establecidos, y cuyo desarrollo de riqueza y de poderío y de todos los elementos de la civilización moderna, los pone al nivel de los otros Estados responsables. Y un gran diario de este país, con los ojos puestos en el Canal de Panamá y en la Zona, sugiere que nuestra línea de protectorado, o cuasi protectorado, debería extenderse hasta los países ribereños del Caribe, sin pasar en ningún caso, más allá.

Estas proposiciones parecen más bien ser de un carácter platónico, es decir, teórico, que práctico. Apenas es concebible que si un Estado americano llega a necesitar la ayuda de los Estados Unidos contra una nación europea o extranjera, los Estados Unidos no acudan a la solicitud que se les haga, sin que para nada importe que el Estado atacado sea grande o pequeño, o ribereño o no del Caribe. Puede darse por sentado con probabilidad de acierto, que la Doctrina Monroe, tal como fué concebida, y para los fines originalmente propuestos, no será repudiada por el pueblo americano, en nuestro día y en nuestra generación. Por estas razones, la verdadera cuestión es ésta: ¿Cómo deberán los Estados Unidos modelar y ensanchar su política latino-americana, de suerte que, conservando la Doctrina Monroe en su espíritu y aplicación originales, al mismo tiempo aseguren y protejan adecuadamente los intereses que ellos mismos han adquirido en su calidad de propietarios del Canal de Panamá?

Los esfuerzos hechos por la actual administración para pacificar a Méjico, indican claramente el método que debe seguirse. El rasgo característico de esos esfuerzos, es la cooperación entre los Estados Unidos y los Estados de Sud-América. No cabe duda de que, en este caso, esa cooperación ha sido altamente benéfica para todos los interesados, y si de ella resulta el restablecimiento de la normalidad en Méjico, será preciso reconocer que esa cooperación ha contribuido en gran parte al resultado. Sin embargo, sea de ello lo que fuere en este caso especial, la importancia principal de la cooperación entre los Estados Unidos y Sud-América, se halla en la tendencia que esa cooperación entraña a introducir en nuestra política latino-americana un factor nuevo y de grande alcance, el cual, bajo todos los aspectos, éticos, políticos y prácticos, obrará decididamente en beneficio, tanto de los Estados Unidos como de los demás Estados americanos.

Nuestra política latino-americana, tal como la ha presentado la Doctrina Monroe, ha tenido siempre un punto vital de lastimosa debilidad. Los Estados Unidos (que, en cuanto dice con América, fueron los premonizadores originales de dicha Doctrina) nunca lograron obtener para ella el apoyo eficaz de la Gran Bretaña, salvo durante un período relativamente corto. De entonces para acá, ellos han sido los sólo mantenedores y garantes de la Doctrina. Los demás Estados americanos se han contentado con disfrutar de sus ventajas, sin asumir parte alguna de las cargas que ella impone. Como que esos Estados se dan cuenta cabal de que los Estados Unidos no asumen esas obligaciones por motivos de benevolencia, sino en consideración de su propio interés, ellos por su parte, no hallan ninguna causa especial de gratitud, y por lo general tampoco demuestran gratitud alguna. Por lo contrario, a medida que crecen en riqueza y en importancia, se diría que su orgullo se siente herido por una Doctrina que, en cierto modo al menos, los coloca para con los Estados Unidos, en la relación del pupilo hacia el tutor. Además, los procedimientos que los Estados Unidos han tenido que emplear para obligar a algunos Estados, de los más pequeños y más atrasados, a cumplir sus obligaciones internacionales, sin duda han despertado un sentimiento de inquietud en todos los demás. Sienten ellos que esos procedimientos, por transitorios y benéficos que puedan ser en sus propósitos y en sus resultados, son, por otra parte, ominosos, y delatores de ambiciones y codicias intolerables e inconsistentes con la dignidad y la independencia de los demás Estados americanos. Este sentimiento ha sido intensificado en gran manera por la violencia, atentatoria contra toda ley, con que se despojó a Colombia de una parte de su territorio para favorecer la empre-

sa del Canal de Panamá. Sucede, pues, que en sus relaciones con la América latina y con Europa respectivamente, los Estados Unidos hoy, aparecen como el tutor espontáneo y constituido por virtud de su propia voluntad de ellos, de la independencia de la América latina, y, al mismo tiempo, como el garante — también espontáneo y de propia creación — de los derechos de Europa. En cuanto a entrambas condiciones, la de tutor y la de garante, resulta que los interesados parecen más bien someterse a ellas que aceptarlas con buena voluntad. Por otra parte, de todo ello no surge para los Estados Unidos ningún sentimiento de consideración especial ni recompensa de ninguna clase, en tanto que la flagrante violación de la soberanía de Colombia, los hace "sospechosos" a todos los países de Hispano-América. Una vana tentativa que se hizo con el objeto de disipar o de aminorar esa sospecha, tuvo por resultado la sugestión del ex-Presidente, ya mencionada, sobre la modificación de la Doctrina Monroe. Es claro que esta situación, tan anómala y tan contraria a la naturaleza de las cosas, no puede continuar así. La mejor solución práctica de las dificultades que esta situación presenta, como queda indicado ya, debe buscarse siguiendo el proceder adoptado por la presente Administración para resolver el problema mejicano. En vez del papel de dictador único del Continente americano, asumido en la actualidad por los Estados Unidos, debería establecerse la cooperación entre los Estados Unidos y los demás principales Estados de América, para el fomento y la protección de los comunes intereses americanos; en una palabra, en lugar del *status* actual, lo indicado sería establecer un Concerto de Estados americanos, con facultades, con objetivos, y con medios de realizar esos objetivos, clara y precisamente definidos (1). No es el caso de tomar en consideración por el momento las estipulaciones pormenorizadas de un plan para el establecimiento de dicho Concerto. Ya han sido indicados algunos de los grandes objetivos que deben lograrse. El Concerto pondría a todos los Estados de América al amparo de la Doctrina Monroe, la cual debería ensancharse de suerte que protegiera a todo Estado americano, no solamente contra la agresión europea, sino contra toda agresión extranjera, de cualquier parte que ella pudiera surgir (2).

(1) "El abuso de la soberanía les pone fin a los derechos de la soberanía. La soberanía, como todo derecho moral, entraña como condición esencial ciertas obligaciones morales correlativas. . . . La soberanía no puede ser el escudo protector de la anarquía, y de la inhumanidad. Pretender tal cosa, sería crucidad y farsa. Nuestro Continente debe permanecer inviolado. La soberanía del Continente y la soberanía de cada sección especial de él, debe ser sagrada; pero el manto de la Diosa de la Libertad nunca deberá caer sobre el crimen, envolviéndolo como si fuera en una púrpura real de inmunidad. Pero acaso se pregunte: ¿Cómo pueden impedirse tales cosas? Y acaso se diga: Los antiguos preceptos nada dicen sobre semejante contigencia. Y a esto respondo: Buscad y hallareis; cada día tiene su faena, y no hay regla humana que jamás haya medido todo el futuro; buscad unidos, y sobre todo, obrad unidos, vosotros los americanos del Norte, del Centro y del Sur, si es que la ocasión se presenta. . . ."

(Discurso de S. Pérez Triana, en representación de los delegados latino-americanos, en el banquete de la Conferencia Pan-Americana, en Washington, el 29 de Mayo de 1915.)

(2) "El medio de llevar a cabo la unión del Continente y de disipar toda desconfianza hacia los Estados Unidos en las Repúblicas latino-americanas, no es difícil de hallar. Basta ampliar la declaración Monroe a toda la extensión de su desarrollo lógico. Ese es no sólo el camino de la honradez, sino el de la paz y la seguridad.

En nuestro día y en nuestro Continente, la conquista de dos territorios es inadmisibles, como conquista, en su calidad de tal, por razón de su propia intrínseca monstruosidad y por el mérito que entraña a los principios fundamentales y a las leyes y a las Constituciones en que descansa la vida nacional y política de los pueblos de América, sin tener para nada en cuenta el origen de la conquista misma.

Lo que es criminal en una nación europea, no puede ser justicia y rectitud en los Estados Unidos.

Si estas conclusiones de lógica honrada son acogidas por los Estados Unidos, y ellos obran de acuerdo con ellas; si ellos declaran que la era de conquistas en el territorio americano ha terminado para todos y para siempre, comenzando por ellos mismos, la sorda tempestad de desconfianza se disipará de la mente americana; de ahí resultará una cordialidad internacional de incalculables posibilidades, no sólo para los pueblos

Quedaría sujeto a la discreción del Concerto decidir cuándo, y en protección de los comunes intereses, se consideraría llegado y justificado el caso de invadir la independencia de una nación dada, en la forma y grado necesarios para obligarla a reconocer y a cumplir sus obligaciones internacionales; y de igual manera, en tal caso, se determinaría cuál o cuáles Estados deberían imponer por la fuerza la decisión adoptada por el Concerto. Los Estados Unidos han venido a ser una Potencia importante en Sud-América; también lo son en la América del Norte; su posición en la América del Sur ha surgido en virtud de que ellos han construido el Canal de Panamá y de que son los dueños de ese Canal, el cual, aunque es una empresa enteramente americana, es, por otra parte, de importancia universal, por razón de lo que significa y por las consecuencias que de ella se desprenden, y también porque los Estados Unidos se proponen administrar la, no solamente por cuenta propia, sino obrando como depositarios de todas las naciones y de todos los pueblos; por estas razones, el Concerto tendría indudablemente que adoptar cuantas medidas resultaran aptas y adecuadas para garantizar la seguridad y defensa del Canal contra toda clase de peligros, tanto militares como económicos.

Las condiciones especialmente ventajosas en que el Concerto se hallaría para la realización de los fines mencionados, saltan a la vista. En vez de ser un agente constituido por sí y ante sí, podría decirse que el Concerto tendría credenciales de una "América Unida," representada por los Estados más poblados, más poderosos en recursos materiales y en fuerza militar, y más adelantados en todo lo que constituye la civilización moderna, del Continente entero. Este Concerto ejercería una autoridad poco menos que irresistible, no tan sólo por razón de su superioridad en fuerza física, sino porque los diversos intereses, tendencias y rivalidades de los numerosos Estados que lo formarían, vendrían a ser una garantía eficaz de que los objetivos preconizados, en cada caso respectivo, serían los de los intereses generales de todo el Concerto, y no los especiales de ésta o aquella nación aislada. De aquí resultaría, por regla general, y salvo casos de excepción extraordinarios, que el mandato del Concerto vendría a prestar por sí sólo fuerza ejecutiva, sin requerir el empleo de la fuerza material para llevarlo a cabo.

Queda por mencionar otra importante ventaja que resultaría de un Congreso americano de esta naturaleza. La Doctrina Monroe no ha sido reconocida en el derecho internacional. Existe como una forma de política de los Estados Unidos, firmemente establecida en la actualidad, y susceptible de ser cambiada libremente. Un Concerto de naciones americanas, establecido sobre las bases y con los objetivos que quedan indicados, estaría en posición de exigir para la Doctrina el que fuera reconocida, puesto que ya llenaría las condiciones requeridas para ser incluida dentro del Derecho de Gentes. Una Federación del Mundo — un Parlamento de la Humanidad — pueden ser sueños; pero si esos sueños alguna vez se realizan, será sólo por un proceso gradual de aproximación, y como resultado de la absorción dentro de una unificación universal de numerosos grupos de naciones que, por razones de proximidad geográfica, de afinidades étnicas, de instituciones o corrientes de pensamiento comunes,

del Continente americano, sino para la causa de la libertad y de la democracia en todo el orbe.

Estos principios deberían ser oficialmente reconocidos, lo que podría ser objetivo de un Congreso pan-americano, convocado especialmente. No se trata de antagonismo hacia Europa, sino de defensa contra los métodos europeos de expansión política y contra las complicaciones políticas europeas, que amenazan conducir a la humanidad a un régimen en que la fuerza bruta sea la suprema ley, destruyendo la civilización surgida de incontables siglos de penoso esfuerzo. Se trata de la unión de todas las naciones americanas para un noble propósito, para el establecimiento de la vida internacional sobre las mismas bases que la vida civil entre los ciudadanos de una nación; de justicia y no de violencia."

S. PÉREZ TRIANA.

(Del manifiesto a los pueblos de América, publicado en *HISPANIA* en Marzo 1.º de 1912.)

NOTAS DE LA DIRECCIÓN DE HISPANIA

hubieran llegado a constituirse en federación local para el logro de ciertos fines, comunes a todas ellas. En último análisis, las verdaderas bases del derecho internacional son los usos y prácticas de las grandes naciones civilizadas.

Como esos usos y prácticas cambian necesariamente con la aparición de nuevas condiciones, sucede que el derecho internacional, que es una ciencia progresiva, también cambia adaptándose a las nuevas condiciones surgidas. No puede negarse, por ejemplo, que la concepción de la absoluta igualdad de los Estados y la de la independencia incondicional de cada uno de ellos, han sido desalojadas por la concepción de que cada Estado es forzosamente miembro de una Sociedad Internacional de Estados, y que por virtud de esa condición, a la par que adquiere derechos, contrae obligaciones. La Sociedad Internacional, considerada como un todo, es, en teoría al menos, la entidad superior a la cual le toca fijar e imponer los derechos y las obligaciones de cada uno de sus miembros. La verdad de los hechos es, por otra parte, que en tanto que el *status* lógico es perfecto, no ha existido hasta ahora ninguna organización universal de Estados civilizados, ni se ha realizado acción alguna por ellos, en que hayan obrado como una sola entidad. Además, con frecuencia surgen controversias internacionales que son de importancia local y de naturaleza restringida, y en las cuales solamente tienen interés substancial las naciones de un grupo determinado.

En tales casos, las prácticas internacionales establecidas de largo tiempo atrás, parecen justificar el principio de que el grupo específico de naciones interesadas dirima las tales controversias, y que se juzgue que procede con toda legitimidad, aun cuando el arreglo de ellas haya de ser impuesto contra la resistencia de alguna de las naciones interesadas. El principio que se aplica siempre en estos casos, es, por supuesto, el del bienestar general, es decir, el de la mayor utilidad del mayor número, teniendo en cuenta los intereses comunes de todos los miembros del grupo, más bien que los intereses especiales de uno o de varios de ellos. Las numerosas ocasiones en que algunos grupos de naciones europeas han dirimido las controversias existentes entre sus miembros, alegando siempre que proceden consultando el bien de todos los miembros del grupo, son demasiado conocidas para que sea preciso citarlas aquí. Esas decisiones han sido frecuentemente censuradas, y, es preciso confesarlo, con sobra de justicia en muchos casos. Sin embargo, en lo general, la acción de los varios conciertos se ha considerado benéfica, sobre todo en su tendencia a evitar guerras entre los miembros de un grupo dado. Por esas razones y por los motivos ya indicados, así como también porque no puede existir cooperación útil y eficaz entre varias naciones para objetivos comunes a ellas, sin que a cada una de ellas se le obligue a subordinar sus intereses especiales al interés general, es preciso dar por sentado que la ley internacional acepta la autoridad de un grupo de naciones para gobernar o dirigir las acciones de sus respectivos miembros, cuando quiera que se presente una verdadera exigencia que requiera el ejercicio de esa forma de dominio, y con tal de que esa autoridad sea ejercitada de buena fe, y que los medios que se empleen, llegado el caso, sean razonables, y adecuados al fin propuesto, y con tal, también, de que se tenga el mayor grado de consideración posible por los derechos, los intereses, los sentimientos y las tradiciones de los varios pueblos de que se trate. Un Concierto americano que se estableciera para los objetos y con los propósitos que quedan mencionados, y que proveyera a su logro por los medios estrictamente necesarios y apropiados, podría sostener, sin riesgo de contradicción, que tanto los principios universalmente aceptados como los usos y las prácticas de las naciones civilizadas, justificaban ampliamente su existencia y sus propósitos. Es evidente que ninguna regla de derecho internacional podría ser violada por un Concierto americano que se comprometiera a proteger a todas las naciones americanas contra toda agresión europea o extranjera. Por otra parte, será difícil alegar que la intervención de un Concierto, constituido como queda dicho, en los asuntos de una nación americana, sin otro

objetivo, ni otro resultado que el de procurar el cumplimiento de los deberes internacionales, no esté destinada a robustecer la influencia de la ley internacional, más bien que a debilitarla. Y es todavía más difícil imaginarse que un Concierto americano, para el mantenimiento y la seguridad del Canal de Panamá, no fuera reconocido como objeto digno de la protección de la ley internacional: por lo contrario, en su condición de Canal neutralizado, feudo en beneficios para toda la humanidad, el Canal de Panamá pudiera muy bien ser considerado como asunto de la ley internacional, puesto bajo la tutela de todas y cada una de las naciones civilizadas del mundo. Los modernos expositores de derecho internacional están acordes en el principio, que uno de ellos enuncia así: "Los canales que ponen en comunicación grandes masas de agua, y que son de carácter internacional, modifican el curso del comercio del mundo, y su *status* es por tanto materia que pertenece al derecho internacional."

Si puede existir diferencia de opiniones relativamente a los méritos de alguna o de todas las indicaciones precedentes, por otra parte, es seguro que no pueden existir esas diferencias en cuanto a la necesidad de fijar dentro del menor término posible cuál haya de ser nuestra futura política latino-americana. La nación pide hoy "preparación" para nuestra defensa en caso de guerra, a pesar de los inmensos gravámenes que esa preparación entrañaría. Esos gravámenes serían muy numerosos, fuera de los problemas estrictamente militares, y entre éstos, uno de los más serios, sería el de determinar para qué contingencias deberíamos prepararnos, y cuáles serían las causas por las cuales deberíamos estar prontos a combatir. ¿Deberemos conservar inalterada nuestra actitud tradicional de campeones de todas y cada una de las naciones americanas contra agresión extranjera, sin consentimiento ni solicitud por parte de esas naciones, ni sin tomar en cuenta el que puedan preferir el protegerse a sí mismas o el buscar aliados distintos de los Estados Unidos, y sin tomar en consideración la hostilidad en que incurriremos por parte del poder extranjero agresor? Con frecuencia se ha sostenido, y algunas veces eficazmente, que los Estados Unidos, en protección de sus propios intereses y de su propio bienestar, deben oponerse con toda firmeza a cualquier cercenamiento de independencia o cesión de territorio por parte de una nación americana a favor de una Potencia extranjera, aun cuando eso aconteciera en forma enteramente voluntaria. Supongamos, por ejemplo, que una nación americana conviene en permitirle a un poder transoceánico que establezca una colonia en territorio de la dicha nación americana, o que esta misma le traspase a la nación transoceánica un puerto o una estación carbonera. ¿Deben los Estados Unidos, en tal caso, apelar a la guerra, si fuere necesario, para frustrar el proyecto? Estas son solamente preguntas que sirven para mostrar la necesidad de una pronta y comprensiva revisión de nuestra política latino-americana. Las respuestas que se den a ellas encierran posibilidades que deben tenerse en cuenta para fijar todo cálculo inteligente de la clase y alcance de la "preparación" militar que deben acometer los Estados Unidos. Es claro que nuestra "preparación" significa una cosa si contamos con la cooperación de la América Latina, asegurada por medio del Concierto americano indicado, y una cosa muy diferente, y mucho más difícil y gravosa, si no contamos con esa cooperación. Las dificultades para arreglar esa cooperación no son tales que se las pueda apreciar en poca cosa. Empero, las exigencias de la situación actual son manifiestas, y amenazan no solamente a los Estados Unidos, sino a todos los Estados americanos. Se trata de la conservación de cada una de esas naciones; y cada una de ellas debería darse cuenta del interés vital que hay para ella en apoyar un Concierto, establecido sobre bases lo bastante amplias, para incluir todas las medidas necesarias a la seguridad de todas las naciones, que al mismo tiempo sea de carácter defensivo y que se abstenga escrupulosamente de toda debilitación innecesaria de la soberanía de cada una de ellas.

LA MALA HIERBA DEL MARXISMO.

LEGA otro primero de Mayo, día que los trabajadores del mundo consagran a la glorificación de su clase, y encuentra a Europa ardiendo aún en guerra de punta a punta. Esto año, y en torno a ese día, se repetirá seguramente lo que se viene diciendo del socialismo desde el comienzo de la guerra. Argüirá una vez más la miopía conservadora al uso que ha fracasado el socialismo, y esto se afirmará precisamente en los momentos en que la economía de los pueblos beligerantes — y en gran parte también la de los neutrales — está socializada como nunca antes lo estuvo en la historia. Se habla de la derrota del socialismo en los mismos instantes en que él está salvando a muchos pueblos de una derrota que hubiera sido inevitable, de haber persistido durante la guerra en la anarquía del régimen económico individualista anterior a ella. Esta guerra ha realizado la máxima socialización del hombre y del capital. La vida, destinos y bienes del individuo están hoy, como jamás lo estuvieron, a merced del Estado, que en esta hora es, a su vez, como no se recuerda haberlo sido nunca, el verdadero órgano de la sociedad. Aún en Alemania, aún en Rusia, Estado y sociedad son hoy sinónimos, aunque en el primero no haya aún legítima representación de la segunda. Pero en Italia, en Inglaterra, sobre todo en Francia, no hay zona social que no esté enérgicamente representada en el Estado. Se habla del fracaso de los socialistas en el momento en que son en realidad ellos los que dirigen el núcleo terrestre de la guerra, Francia, como probablemente hubieran dirigido el núcleo marítimo, Inglaterra, si hombres como Ramsay MacDonald, por una extraña aberración ideológica, que no era de esperar en espíritu tan sutil, no se hubieran apartado deliberadamente del Gobierno de la nación. Pero dejemos que los miopes incurables nieguen lo que es demasiado real y visible para que quepa por sus ojos.

Cuando se habla ahora del fracaso del socialismo se hace referencia al hecho de que no pudo evitar la guerra. Es verdad el hecho, pero es falso que eso fuera la única ni la suprema finalidad del socialismo. Ante todo, el socialismo es una organización económica que se limita a un determinado grupo social. Puede constituirse una asociación particular de hombres, o una nación, conforme a los más severos principios socialistas, independientemente de lo que hagan las demás naciones. Pero si un pueblo vecino, envidioso de su prosperidad, temeroso de su ejemplo o codicioso de sus riquezas la ataca, sería absurdo declarar que había fracasado ese Estado socialista por no haber impedido la agresión. Es como si se dijera que una república había fracasado al verse atacada por una monarquía, o que fracasara el derecho, que garantiza la paz civil, al ser violado a diario por delinquentes de toda laya.

El socialismo es una doctrina económica que tiene por base de unidad la nación. Naturalmente, el socialismo aspira a realizarse universalmente, no sólo porque sus partidarios le creen superior a todos los sistemas sociales conocidos, sino por propio interés. Desde el momento en que ningún pueblo se basta a sí mismo y necesita para existir la cooperación del mundo entero, es evidente que un Estado socialista se desenvolverá mejor cuantos menos Estados antisocialistas le rodeen. Lo mismo ocurre con una república, que preferirá estar a vecindad con repúblicas en vez de monarquías, que verán en ella un ejemplo peligroso.

El socialismo ve en la paz civil el principio social de todo progreso humano: por eso aspira a universalizarse, porque está seguro de que cuando todos los pueblos sean socialistas, no habrá guerras que perturben su desarrollo y amenacen su existencia. Se podría hablar del fracaso del socialismo como doctrina pacifista, si una vez realizado universalmente continuaba habiendo guerras, o si antes de universalizarse, un Estado socialista atacaba a otro. También podría decirse que el socialismo era una teoría social insuficiente si, en virtud de ella, un pueblo se abstenia de emplear la fuerza contra la fuerza, si dejaba sin defensa material el derecho, si aceptaba, en suma, el principio tolstoyano de la no

resistencia, de la pasividad absoluta. Tampoco es éste el caso del socialismo en esta guerra, pues la inmensa mayoría de los socialistas han aceptado la guerra como una defensa del derecho contra la fuerza. Y la tragedia es que todos se han creído los agredidos y ninguno el agresor.

El mundo, en general, ha aceptado ya el hecho de que la agresión en esta guerra partió de Alemania. Ante ese hecho, los socialistas alemanes pueden dividirse en dos grupos: los que sabiendo que se trataba de una agresión la aprobaron, y los que creyéndose agredidos la secundaron ciegamente. Los primeros formaban un grupo de pseudo-marxistas, que llevaban la interpretación económica de la historia y la necesidad económica de los pueblos a extremos que esencialmente no se distinguían en nada de las aspiraciones más brutales de ciertos imperialistas. En Alemania se había operado una terrible mixtificación del marxismo. Para algunos marxistas, la historia del mundo del hombre era una variante de la historia del mundo físico, con las mismas leyes naturales y la misma ausencia de todo fin moral. Si para fomentar el desenvolvimiento capitalista era menester agredir pueblos y atropellar convenciones jurídicas y morales, nada debía impedirlo. Los que esto pensaban, aunque no se atreviesen a afirmarlo con plena claridad, veían en el socialismo una simple concepción científica de lo que fatalmente era necesario que ocurriese, y eran socialistas nada más que en el sentido de favorecer el desarrollo histórico.

Frente a esta concepción pseudo-marxista, en que el hombre no desempeña en la historia función más alta que la de un cuerpo físico, deberán los socialistas restaurar en el socialismo los valores éticos, una concepción histórica en que el respeto a la personalidad humana y a las nacionalidades esté por encima de toda pretendida necesidad económica. El socialismo que quede cuando la guerra haya pasado, tendrá que purgarse de esa moneda falsa que circulaba como buena, como oro científico, entre muchos de sus adeptos.

En cuanto a la tragedia de que muchos socialistas alemanes aceptasen la guerra creyéndose agredidos por Rusia, no es sino el caso de una democracia a un tiempo débil y ciega. Ni en Francia ni en Inglaterra hubiera sido posible tal engaño. En Alemania apenas tuvieron tiempo los socialistas pacíficos de preguntarse de que lado partía la agresión — esa fué su debilidad — y antes de que lo preguntaran el Gobierno les dijo que venía de Rusia, lo cual creyeron sin vacilación — esa fué su ceguera. Mientras una democracia sea débil y ciega, de poco servirá que en ella existan organizaciones socialistas aparentemente fuertes. Siempre habrá peligros de guerra mientras haya pueblos que deleguen su soberanía en un monarca o en un reducido grupo de gobernantes autoritarios.

Y mientras tales pueblos existan, sería suicida que prosperase el criterio de algunos socialistas que combaten la defensa contra una agresión. Un ataque debe repelerse siempre: si no, no habría sociedad de hombres ni podría llegar a haber sociedad de pueblos. Esta es otra manifestación pseudo-marxista — una falsa interpretación de la teoría de la lucha de clases — que conviene eliminar del socialismo después de la guerra. Antes que obrero y socialista, se es hombre, y como tal no cabe, sin rebajamiento de la propia dignidad humana, abstenerse de ponerse personal o espiritualmente de una parte u otra en una lucha de la magnitud de la guerra actual. En rigor, para un socialista que tenga clara idea de quién es el agresor y quién el agredido, toda neutralidad, de individuo o de pueblo, debería ser un crimen. La indiferencia y pasividad contra un ataque equivalen a hacerse cómplices de él.

En suma: el socialismo debe dar en lo sucesivo preponderancia a los valores éticos y jurídicos sobre los económicos en toda política internacional. En segundo término, debe arrinconar para siempre esa ridícula teoría de que las guerras son un negocio del capitalismo en que nada tiene que ver la clase obrera: es como si el propietario de una fábrica, celoso de un competidor, diese fuego a la de éste, y los obreros de la fábrica en llamas se encogieran indiferentemente de hombros diciendo que

sólo se trataba de una cuestión entre dos capitalistas. Y así sería, en efecto, pero esa cuestión entre los dos capitalistas podría por de pronto dejar sin trabajo a los obreros de la fábrica quemada y, si se descuidaban, podría costarles la vida. En tercer término, el socialismo debe tener una mayor intervención en política internacional, para evitar las agresiones y, sobre todo, para no secundarlas creyendo realizar un acto de defensa.

LUIS ARAQUITSTÁIN.

SIGNOS ESTELARES.

LOS no iniciados, los que sabemos de la guerra cuanto enseñan los comunicados oficiales y solamente eso, estamos condenados a vernos de repente sorprendidos, una hermosa mañana, con la noticia estrepitosa de que ha llegado la paz y se están ya discutiendo las condiciones del avenimiento universal: será una cosa extraordinaria, pero la historia de la diplomacia en los últimos tiempos nos ha proporcionado emociones no menos violentas.

Los signos que describe el astrólogo en el cielo misterioso de las noticias privadas y de la actitud solemne de algunos neutrales, son para hacernos prever cosas extraordinarias. A lo cual se agrega que el sumo sacerdote de los periodistas alemanes, Max Harden por mal nombre, acaba de intimarles al Emperador y a su patria (a la del Emperador, porque Harden, según parece, no tiene ninguna, ni le hace falta), que es ya tiempo de empezar a decir cuál es el objeto de la guerra y, por lo tanto, de comenzar a fijar las bases de la paz perpetua que va a gozar el mundo del *Zukunft*, o, dicho en castellano, del futuro inminente.

En el semanario que lleva este nombre ha dicho recientemente el Sr. Harden: "Tienen miedo nuestros enemigos de que, después de la guerra, Alemania continúe armandose para otras empresas bélicas, lo cual significaría una tentativa en busca del dominio del mundo y pondría a cuantos firmaran la paz con nosotros en peligro de muerte. Eso no puede ser así. Nadie recordará esta guerra con placer. Acabémosla y organicémos la paz." El Sr. Harden tiene como periodista dos grandes méritos. Escribe con mano leve, lo cual entre alemanes es una virtud literaria sobresaliente; y no carece de valor en situaciones extremas. Apoyado por Bismarck, fué capaz de enfrentarse a Guillermo II. Dueño de ciertas declaraciones y documentos, y apoyado, no teniendo ya a Bismarck, en un artículo obscuro del Código Penal tedesco, llevó a Krupp al suicidio e hizo, más tarde, saltar en pedazos la barrera que había puesto al rededor del Emperador una camarilla siniestra. Pero el Señor Harden sufre a menudo eclipses totales del sentido común, y más frecuentemente aún da señales de no tener ni el más mínimo espíritu de consecuencia. Su memoria, aunque muy complaciente, le juega, a veces, malas partidas. Pero estas gentes que hablan a la topa tolontra no ilustran el ajeno entendimiento por la manera como razonan, sino por los hechos o aspiraciones que descubren.

En la época de la costosa y superflua degollina titulada en la historia la batalla de Ypres, Max Harden tomó la pluma serenamente para decirle al mundo que Alemania tenía pensado en ese momento llegar a Calais, ocupar y fortificar la costa francesa, para, en seguida, proclamar ella sola y por su cuenta el reinado de la paz. No importa, añadía desvariando este buen señor, que las otras naciones con quienes Alemania está en guerra continúen guerreando. Nosotros, habiendo cumplido nuestro destino, que era llegar a la Mancha, declaramos la paz y seguiremos viviendo pacíficamente. Así razonaba en Enero de 1915 el cómico tronado que hoy redacta en Alemania uno de los semanarios más atrevidos que conoce el planeta. Decir que razonaba es acaso una falta contra la propiedad de las voces: así embestia contra el sentido común el Sr. Harden. Sin embargo, los eclipses totales del sentido común suelen preparar en las grandes inteligencias horas de placentera y benéfica lucidez. En los momentos actuales, perdida la esperanza de llegar siquiera a Calais y de proferir en tono prusiano los términos de la paz octaviana con que Alemania iba a

obsequiar al mundo, el periódico de Harden habla de terminar la guerra. Parece que ya no acepta la idea de que Alemania viva en paz, aunque Inglaterra, Francia, Italia, Rusia, el Japón, Bélgica, Serbia y Portugal continúen haciéndole la guerra. El Sr. Harden va más lejos. No solamente no quiere que sigan sus enemigos haciéndole la guerra a Alemania: acaricia el pensamiento de que en todo el haz de la tierra las gentes se convenzan de que Alemania, después de esta ominosa pesadilla, no piensa volver a armarse contra un planeta temeroso y palideciente. "Eso no puede ser así."

A tiempo que el redactor de *Zukunft* se expresa en forma humanitaria y cristiana, poco conforme con sus antecedentes, y, sobre todo, poco conforme con la falta de escrúpulos de que hizo ostentación cuando les reprochó su hipocresía a los gobernantes alemanes que no se atrevían a decir cómo fueron ellos quienes provocaron la guerra; a tiempo que Harden, decíamos, vira de bordo en esta manera poco elegante, las cartas privadas y las noticias verbales que llegan de Alemania y Austria indican una situación próxima a la catástrofe. Hindenburg les hace saber a sus soldados que en adelante no vendrán a visitarlos cartas de sus parientes. En Basilea quedan detenidas durante semanas enteras toneladas de correspondencia destinadas a las tropas alemanas que se batan o no se batan en Francia y Flandes, y las gentes que en Inglaterra tienen comunicación con residentes en Alemania reciben noticia de que "el hambre se aproxima a pasos agigantados," que "cada día los alimentos se hacen más costosos y más escasos," que "si la guerra dura un poco más las gentes perecerán seguramente de inanición."

Se comprende que en esta situación las balijas del correo yagan meses enteros en las estaciones para aminorar el deterioro del material fijo y rodante, y, supernumerariamente, para que las cartas no digan su historia de desolación. Sin embargo las cartas pasan. Hay una proveniente de Berlín que dice: "¡Pronto estaremos aquí sin qué comer. Con el dinero que tengo no sé cómo despacharme. Continúan las largas esperas para lograr que vendan maníaca. La cosa empeora, muchas mujeres han enfermado y muchas han muerto de frío y a causa de insuficiente alimentación. A menudo, en el colmo de la desesperación, algunas se suicidan."

No es de extrañar que en estas circunstancias Alemania estrelle inútilmente sus legiones contra Verdun en una carnicería que dura ya dos meses, con el objeto, caritativo indudablemente, de hacer más llevadera la privación a los no combatientes.

Todavía nos ofrece el mundo más augurios de paz semejantes a los que en forma cabalística dispone sobre las cuartillas de papel el genio judiciario de Max Harden. En Estocolmo, según relata la prensa escandinava, se ha reunido un congreso de la paz, y, si hemos de atenernos a las insinuaciones de otra prensa menos discreta, hay constancia de que Guillermo II ha deseado que se reúna ese congreso, y se ha dignado extender hacia él la cláusula de su influencia. Con solemnidad hiperbórea el congreso de Estocolmo ha emprendido serias deliberaciones sobre la forma en que será celebrada la paz del futuro, y ha señalado algunas de las condiciones que figurarán en el tratado. Entre esas figura esta bella cláusula: "Se tomará en cuenta el examen de la cuestión Alsacia-Lorena." El congreso de Estocolmo no carece de solemnidad; le falta, acaso, el sentido de la ironía, pero no es en esta clase de corporaciones, donde Renán, por ejemplo, o Enrique Heine, suelen lucir sus habilidades. Al terminar la guerra, vencida Alemania, desconcertada el Austria, cuando ya la Turquía y Bulgaria hayan firmado, por su parte, las condiciones de paz con sus enemigos, al congreso de la paz se le permitirá que tome en cuenta el problema de Alsacia-Lorena. Los congresistas de Estocolmo, además de solemnes, son magnánimos y condescendientes. El problema de la Alsacia-Lorena, planteado en 1871 y, según nosotros creíamos, tomado en cuenta por algunas personas, antes y después de Zahorn, será uno de los puntos sobre los cuales tendrán permiso para deliberar los agentes diplomáticos con cuyas galanas personas se adornará el congreso de la paz; aquel congreso en

que, según dice Harden, Alemania les declarará a sus enemigos, con la mayor buena voluntad que va a desarmarse y que ha pasado la hora de los terrores y del temblar profundo.

Con estos augurios empieza la primavera. Florece la retórica de Max Harden en magnánimas ofertas de desarme a un mundo consternado por las campañas de terror llevadas a cabo por Alemania. Cerca del círculo polar un congreso designa las cuestiones, sobre las cuales les será permitido deliberar a los reorganizadores de la vida normal en Europa. En Alemania y Austria las gentes pobres han llegado, según parece, al extremo del sufrimiento, y se preparan a evitar por los medios posibles que el Estado Mayor derrumbe las últimas esperanzas del pueblo con una nueva campaña de invierno.

β

LA DOCTRINA MONROE Y LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS.

EN un discurso pronunciado hace pocos meses ante los Delegados al Congreso Científico Pan-Americano reunido en Washington en el verano de 1915, el Presidente Wilson bosquejó las bases de un tratado internacional que, a su juicio, convendría celebrarse entre los Gobiernos de todas las naciones de América, incluyendo a los Estados Unidos, con el objeto de sancionar la Doctrina Monroe en su sentido más lato de respetar y garantizar la integridad territorial de cada una de ellas, no sólo contra los proyectos de colonización europea, sino contra los sueños de conquista de cualquiera nación, sin exceptuar a los Estados Unidos.

Aquel memorable discurso, que, según el Coronel House, amigo y portavoz del Presidente, marcará época milenaria en la historia de América, tuvo una excelente acogida de parte de los delegados, quienes al parecer se mostraron persuadidos, no sólo de la conveniencia y oportunidad de celebrar el tratado, sino de su alta moralidad y justicia.

El Presidente Wilson, después de discutir el asunto con el Secretario de Estado Mr. Lansing, llegó a formular el siguiente proyecto de tratado:

“Artículo I. — Las altas partes contratantes convienen de concierto en garantizarse mutuamente su integridad territorial bajo la forma republicana de gobierno.

“Artículo II. — Para hacer efectiva la garantía que establece el artículo I, las altas partes contratantes convienen cada una por sí, en procurar desde luego el arreglo de cualquiera cuestión relativa a límites o territorios, pendiente ahora entre ellas, ya sea por medio de un acuerdo amigable o por arbitraje internacional.

“Artículo III. — Las altas partes contratantes convienen además: 1.º En que todas las cuestiones de carácter internacional que surjan entre dos o más de ellas, y en las que no hubieren podido ponerse de acuerdo por los medios diplomáticos ordinarios, serán sometidas, antes de hacerse una declaración de guerra o iniciarse las hostilidades, a una comisión internacional permanente, para que haga una averiguación, concediéndose al efecto el plazo de un año; y 2.º Si la cuestión no fuese resuelta por tal medio, deberá someterse a arbitraje siempre que no afecte el honor, la independencia o los intereses vitales de las naciones a quienes concierna, o los intereses de terceros.

“Artículo IV. — Con el objeto de que no se perturbe la tranquilidad doméstica dentro del territorio de cada una de ellas, las altas partes contratantes convienen asimismo en no permitir la salida de cualquiera expedición militar o naval hostil al gobierno establecido de cualquiera de las partes contratantes, y a impedir la exportación de armas y municiones de guerra destinadas a cualquiera persona o personas que se hallaren en rebelión contra el Gobierno de cualquiera de dichas partes contratantes.”

Se creía en Washington que todo lo que había que hacer era presentar esa proposición a los diversos Gobiernos latino-americanos, para que éstos se apresurasen a acogerla con entusiasmo, porque decían los

funcionarios de Washington, y decían bien: “Esa proposición no puede verse sino como una prenda y una garantía de respeto al derecho de las naciones débiles que ofrecen las naciones más poderosas de América.” Era más todavía, un ofrecimiento voluntario y supremo de parte de los Estados Unidos en aras de la justicia y la buena voluntad hacia todos los pueblos de América, grandes y pequeños, puesto que se trata de la única nación del hemisferio occidental no sólo libre de todo temor de agresión, sino la única capaz de repeler cualquier ataque individual o combinado de las demás naciones del Continente americano. El tratado en último análisis no significaría más que un compromiso solemne por parte de los Estados Unidos, de no adquirir por medio de la guerra un pie adicional de territorio, que es el ideal de política pan-americana expuesto por el Presidente Wilson en Mobila hace casi tres años.

¿Cómo ha sido acogida esta liberal proposición por parte de los Estados latino-americanos? La prensa de Nueva York da cuenta de las respuestas recibidas por el Departamento de Estado de Washington. Sólo los Estados más débiles de la América latina aceptaron y aún aplaudieron el proyecto. Los Estados más fuertes hicieron observaciones y salvedades en las que se dejaban traslucir sus aspiraciones territoriales hacia el Norte, a guisa de destino manifiesto, del mismo modo que los habitantes de la margen izquierda del Río Grande sueñan en un destino manifiesto que lleve las fronteras de su país hasta el Canal de Panamá o hasta Colombia, por principio de cuentas. Ha quedado, pues, demostrado que en todo caso no son las ambiciones del Coloso del Norte, sino las pretensiones latino-americanas, el obstáculo verdadero que impide un arreglo internacional como complemento lógico de la Doctrina Monroe; pues si los Estados de América, por la condición libre e independiente que en el trascurso del tiempo han asumido y mantenido cada día con más ahínco, no pueden considerarse como campo de la colonización europea, mucho menos pueden ser objeto de colonización por ningún Estado americano cualquiera. El sueño de esa Arcadía internacional a que dió origen la declaración del Presidente Wilson, se desvaneció, no por la pérdida del Coloso que codicia los territorios vecinos poblados por habitantes de diversa raza, sino por el destino manifiesto que ven los latino-americanos de caer, en un porvenir más o menos remoto, sobre sus hermanos con quienes tienen esa comunidad de origen, raza, religión, lengua y costumbres de que tanto alarde hacen los hombres públicos de la América española en las ocasiones más solemnes, sobre todo cuando buscan un acercamiento o, en términos más corrientes, una alianza defensiva contra el peligro del Norte.

Esos pretendidos lazos de solidaridad latino-americana caen, pues, por tierra hechos pedruzcos. Los Estados de América no son una excepción en el sistema del mundo, según el cual cada nación, en sus relaciones con las demás, no consulta sino sus propios intereses inmediatos, en virtud de los cuales cultiva amistades, forma alianzas o declara la guerra, sin tener en cuenta las patrañas de la raza o del idioma y a veces ni los tratados internacionales.

Se ha visto recientemente que un reconocido jefe de Estado, de esos que dan tanta importancia a la comunidad de origen y de lengua, aunque no haya ningún otro interés mutuo, que realmente no desean ya cultivar relaciones, por inútiles, con las vetustas naciones de Europa, ha aceptado la alianza y la cooperación armada para exterminar a un bandido dentro de su propio territorio, no por tratarse de un bandido, sino para verse libre de un contendiente y de un rival. Otro caudillo pudiera evidentemente aceptar y aún solicitar la alianza de los Estados Unidos para combatir a una nación enemiga, aunque de la misma raza y de la misma lengua, como lo demuestra la historia diplomática de América. Y sin embargo, se tiene el candor de creer en la solidaridad hispano-americana.

Es un hecho singular que, a pesar de carecer todas las Repúblicas latino-americanas del número de habitantes y del capital necesarios para desarrollar convenientemente todo el territorio que poseen, algunas de ellas, sufren una sed insaciable de territorio, y ambi-

cionan, por consiguiente, una extensión de sus límites a expensas de sus vecinos, valiéndose generalmente de la vaguedad con que solían fijarse los linderos en tiempos coloniales; pero cuando esos linderos están perfectamente determinados, se sigue en el Sur el mismo procedimiento que en el Norte, es decir, se crean intereses nacionales en territorio ajeno y se alega después la opresión de un gobierno cuya ignorancia y estrechez de miras no les permiten a los habitantes del mundo la libre explotación y aún la creación de industrias productivas.

El escollo del tratado propuesto ahora es, según parece, el artículo relativo al arreglo de las cuestiones pendientes entre las Repúblicas latino-americanas por medio del arbitraje internacional, y la oposición más decidida procede, sin duda, de Chile, que tiene una grave cuestión internacional pendiente con el Perú. Chile ha visto siempre con horror la perspectiva de someter esa cuestión a arbitraje, y sin embargo, ningún otro asunto podría ser sometido a la decisión de un árbitro con mayor propiedad, porque la cuestión versa principalmente sobre la inteligencia e interpretación de un tratado imperfecto o incompleto, ya sea intencionalmente o por inadvertencia.

Lo más curioso del caso es que la existencia de esa cuestión entre Chile y el Perú se debe nada menos que a la repugnancia de los Estados Unidos por las guerras de conquista. Chile, después de una guerra victoriosa, ocupaba militarmente el Perú allá por el año de 1880, sin que le fuera posible poner desde luego término a esa ocupación con la celebración de un tratado de paz, porque el Gobierno nacional había desaparecido y no había con quien tratar. Como la ocupación se prolongaba, Mr. James G. Blaine, que era a la sazón Secretario de Estado, empezó a dar manifestas pruebas de impaciencia, y hasta llegó a decir a Chile que los Estados Unidos no permitirían las guerras de conquista en América. Nada deseaba Chile con más ahínco que retirarse de Lima, sobre todo en ese momento, en que ya veía el peligro de una complicación con los Estados Unidos; y para obviar el obstáculo principal que había para la celebración de un tratado de paz, facilitó la formación de un gobierno representativo encabezado por un patriota peruano, y de allí resultó el Gobierno de Iglesias. Cuando se trató, sin embargo, de obtener su asentimiento en la anexión de Tacna y Arica, que era una condición indispensable según lo declaraban los chilenos, la negociación parecía fracasar, porque Iglesias declaró que prefería abandonar el poder antes que firmar la cesión definitiva de esos territorios. Se presentaba, pues, a Chile nuevamente la perspectiva nada halagadora de una ocupación indefinida, con todas sus cargas y peligros internacionales, por lo que se vió en el caso de hacer a Iglesias la concesión de que un plebiscito que tendría verificativo a los diez años, resolvería en definitiva si esos territorios seguían formando parte integrante del Perú — o si pasaban al dominio de Chile. Se cometió el error, al celebrarse el tratado, de no estipular desde entonces las condiciones en que ese plebiscito debía llevarse a cabo, conviniéndose solamente en que un protocolo, que se ajustaría después, determinaría esas condiciones. Como era natural, Chile, que permanecía en posesión de los territorios disputados, nunca ha podido ponerse de acuerdo con el Perú respecto de los términos del protocolo, y de allí ha resultado una de las cuestiones más intrincadas que hay actualmente en la América del Sur.

Es increíble la influencia que esa cuestión ha tenido para impedir la buena inteligencia entre las Repúblicas latino-americanas, y la rémora que ha constituido para el progreso del derecho internacional americano. Siempre que en las conferencias internacionales americanas se ha procurado sancionar y aún extender el principio de arbitraje internacional, que es el único tribunal que hasta ahora se ha podido descubrir para delinquentes contra el derecho de gentes, Chile recuerda su cuestión pendiente con el Perú y hace las salvedades del caso, y con Chile van los delegados de otras Repúblicas americanas que son a manera de aliadas suyas, en razón de tener también cuestiones de límites con el Perú. Los

inconvenientes de ese estado de cosas son todavía más serios bajo el punto de vista económico. No sólo desconfían esas Repúblicas hermanas entrar mutuamente en arreglos convenientes para el intercambio de sus productos o para auxiliarse de alguna manera en el desarrollo de sus riquezas naturales, sino que casi los únicos artículos en que trafican son los buques de guerra viejos y el armamento descartado, aunque útil todavía para agredir a alguna hermana confiada y quitarle un pedazo de territorio en nombre de la incertidumbre de los límites antiguos.

En cuanto a las mismas Repúblicas de Chile y el Perú, si se tomaran el trabajo de calcular todo lo que han gastado en armamento, en buques de guerra y en instructores militares prusianos y franceses durante treinta y cinco años con el objeto, la una de conservar las provincias en disputa, y la otra de procurar recuperarlas, ambas naciones quedarían espantadas, aunque no por eso se llegaría al arbitraje, que es la única manera de resolver la cuestión.

No es, pues, sorprendente que la última generosa tentativa, de vuelo mucho más elevado en comparación de todo lo que hasta aquí se había imaginado en bien de la paz y la tranquilidad de América, haya fracasado ante las ambiciones, no de quien parecía tener el monopolio de la conquista según la creencia imperante, sino de esas blancas palomas de la América del Sur que viven en constante zozobra de caer en las garras del águila rapaz del Norte, aunque, sea dicho en honor de la verdad, el inmenso poder de esa ave de rapiña y su firme resolución de no permitir a las naciones europeas la colonización en el Continente americano, han hecho posibles aquellos sueños de grandeza latino-americana a expensas del vecino más débil.

M. COVARRUBIAS.

LA REBELIÓN IRLANDESA.

LA concesión de la autonomía a Irlanda constituía para Inglaterra, en Julio de 1914, un problema gravísimo cuya solución inaplazable llevaba envuelta la amenaza de la guerra civil. Y era para todo el mundo una cuestión palpitante y apasionadora, una de esas cuestiones nacionales a las que responde con simpatía y sonora claridad el eco de la conciencia universal. ¿Cuántos se acordaban de ello en Abril de 1916? Muy pocos seguramente; la guerra revolucionó nuestras preocupaciones de orden general, y la noticia de que había estallado en la capital y en algunos condados de Irlanda un movimiento sedicioso debió ser para muchos algo así como la curación súbita de una amnesia parcial.

Inopinadamente ha invadido Irlanda por algunos días el primer término de la actualidad, y los episodios de la efímera revolución han sobrepujado en interés dramático, los combates de la región de Verdún. Por un momento pudo temerse que el movimiento tomara proporciones considerables en las tres provincias de Leinster, Munster y Connaught. El Gobierno británico — cuantos conocen la situación de Irlanda lo saben — hubiera podido, de todos modos, sofocar la rebelión en un plazo relativamente breve. Pero la prolongación durante algunas semanas de un estado de anarquía general en las tres cuartas partes de Irlanda, hubiera impuesto a las autoridades militares inglesas, una sensible distracción de energías. Por fortuna, los temores de los más pesimistas no se confirmaron; siete días fueron bastantes para que en Irlanda quedara totalmente restablecida la paz.

¿Cuál ha sido la historia de Irlanda durante los últimos veinte meses? Poco tiempo antes de que estallara la guerra, traté de exponer en las columnas de HISPANIA el conflicto entre las dos Irlandas. De un lado la Irlanda nacionalista, católica y protestante, que forma las cuatro quintas partes de la población; del otro, los protestantes de Belfast y de toda la provincia de Ulster, descendientes de escoceses e ingleses, apoyados por la burocracia conservadora y unionista de Dublín. La Irlanda nacionalista iba a obtener del Gobierno liberal inglés, la autonomía de su patria, y los protestantes de Ulster, resueltos a no

someterse a la autoridad del nuevo Parlamento de Dublín, organizaban un ejército de voluntarios para oponerse por la fuerza a la implantación del *Home Rule*.

Crecía en Irlanda, de día en día, el peligro de que estallara la guerra civil, cuando sobrevino la guerra europea. Y entonces coincidieron por primera vez Sir Edward Carson, representante de los orangistas de la provincia de Ulster, y Mr. John Redmond, jefe de los nacionalistas. Uno y otro ofrecieron al Gobierno británico el apoyo incondicional de sus partidarios, y quedó así establecida una tregua entre las dos Irlandas. El Gobierno, por su parte, hizo aprobar por el Parlamento en tercera lectura el proyecto de ley de *Home Rule*, pero aplazó su aplicación hasta la terminación de la guerra.

A ese aplazamiento se conformaron Mr. Redmond y el partido nacionalista parlamentario. Y para dar una prueba de su lealtad, Mr. Redmond, Mr. Dillon, Mr. Devlin y otros jefes nacionalistas, emprendieron en Irlanda una campaña de reclutamiento para el ejército británico.

Los resultados de esta campaña no fueron excesivamente satisfactorios. Por dos razones: Primero, porque en tiempos normales, una gran parte de los soldados del imperio británico eran irlandeses (el irlandés es por naturaleza batallador y aventurero; recuérdese que eran irlandeses también la mayoría de los hombres de la legión británica de Bolívar), y, por lo tanto, había en Irlanda menos hombres disponibles que en Inglaterra, Escocia y Gales. Segundo, porque los elementos nacionalistas exaltados, republicanos y separatistas, emprendieron una activa campaña contra el reclutamiento.

Esos elementos separatistas han sido siempre en Irlanda una minoría poderosa. Pero durante los últimos años habían circunscrito su actividad, a propagar el uso del idioma gaélico y a la intensificación del renacimiento literario; se mantenían a una prudente distancia de la política, pero esperaban con secreta complacencia que los métodos oportunistas de Mr. Redmond dieran a Irlanda una autonomía que ellos consideraban tan sólo como un paso preliminar para conseguir la independencia. Su organización llevaba un nombre significativo: *Sinn Féin*, es decir, "nosotros solos."

Los *Sinn Féiners* contaban con el decidido apoyo económico de una buena parte de la colonia irlandesa de los Estados Unidos. Entre los irlandeses de Norte América, el antiguo odio a Inglaterra se ha conservado mucho más vivo que en Irlanda. Ello es debido al hecho de que muchos irlandeses-americanos son hijos o nietos de los infelices campesinos que se vieron obligados a emigrar para no morir de hambre durante los épocas de mayor incompreensión entre Inglaterra e Irlanda. No han sido testigos ni han podido tocar los resultados de la política de reconstrucción económico-agraria que durante los treinta últimos años ha transformado la vida rural de su patria, y para ellos Inglaterra continúa siendo la abominable opresora secular.

A las pocas semanas de haber empezado la guerra los *Sinn Féiners* declararon que Irlanda debía adoptar una política de *neutralidad*, y simultáneamente entró en escena en la América del Norte Sir Roger Casement. Sir Roger Casement es un antiguo cónsul de la Gran Bretaña. Su nombre alcanzó gran popularidad cuando, siendo Cónsul en París, el Gobierno inglés le encargó una investigación sobre las atrocidades que se cometían en las plantaciones de caucho de la región del Putumayo. De París pasó a Río de Janeiro, y al retirarse, joven todavía, del servicio consular, comenzó a intervenir abiertamente en la política de Irlanda.

Poco se habló durante más de un año de las andanzas de este singular caballero. No hace mucho dijeron los periódicos de Copenhague que había sido detenido en Alemania, y una semana después de haberse dado esta noticia, un crucero auxiliar alemán acompañado de un submarino, se presentó en la costa occidental de Irlanda para hacer un desembarco de armas. Al ser descubierto por los guarda-costas ingleses, el crucero

alemán fué echado a pique por sus tripulantes. Los ingleses hicieron varios prisioneros, y entre ellos se encontraba Sir Roger Casement.

Dos días más tarde estallaba la rebelión en Dublín. A los *Sinn Féiners* se unieron los sindicalistas revolucionarios. Juntos constituyeron un Gobierno provisional, y declararon la República Irlandesa. Las fuerzas revolucionarias se apoderaron de los puntos estratégicos de la ciudad. En sus manos cayeron, desde el primer momento, la casa de Correos, el Palacio de Justicia, el parque público y dos estaciones del ferrocarril. Los rebeldes ascendieron a algunos miliares; estaban bien provistos de rifles y municiones, y contaban con algunas ametralladoras. Pero la gran masa de la población se declaró hostil a ellos, y las tropas mandadas de Inglaterra contaron con el auxilio de los partidarios de Mr. Redmond para sofocar la rebelión irlandesa.

La rebelión irlandesa, en efecto, pero no la rebelión de Irlanda. Irlanda, es decir, la inmensa mayoría de los irlandeses, ha reprobado la estéril acción revolucionaria de los *Sinn Féiners*; y al expresar en el Parlamento imperial británico los sentimientos de la casi totalidad del pueblo irlandés, coincidieron por segunda, y probablemente por última, vez en su vida Sir Edward Carson y Mr. John Redmond. Sin el apoyo de ninguna de las dos grandes fracciones políticas en que Irlanda se halla dividida, la rebelión se extinguió a la semana justa de haber empezado. No existe el más remoto peligro de que se reproduzca, y Alemania debe renunciar definitivamente a esperar nada de ese nido de esperanzas que hasta ahora había sido para ella la verde y turbulenta Erin.

EUGENIO XAMMAR.

FILOSOFÍAS EN PUGNA.

A PROPÓSITO de la guerra, se han mencionado en la prensa repetidas veces así los nombres de Stuart Mill y de Hans Delbrück, como las enseñanzas que con estos nombres se asocian. No se trata ahora en estas líneas de examinar las respectivas doctrinas, ni de aquilatar el valor de éstas en sus consecuencias prácticas. La hora no es propia para lucubraciones doctrinarias, ni es en el dominio de las ideas abstractas en donde hay que buscar los estímulos que han de determinar la simpatía y la voluntad de los pueblos. No ha sido revestida de ideas, en la pureza y majestad de la palabra, como ha preparado Alemania la emboscada monstruosa en que agoniza la civilización. A la discusión pausada de objetos y motivos, posibilidades y soluciones que sostuvieron las potencias aliadas hasta el último momento, opusieron los agresores en el instante crítico el dilema de la bolsa o la vida, de la vida o la muerte. . . .

El triunfo, por otra parte, es argumento fecundo para quienes explotan la ingenuidad de las muchedumbres, y no faltan quienes se anticipan a deducir consecuencias acomodaticias de los hechos cumplidos y preconizan desde hoy los principios y métodos alemanes como prenda de fortaleza y señal de elección de las naciones del porvenir. Es de importancia, por consiguiente, insistir en el aspecto doctrinario de la guerra, y en el influjo que han de tener sus resultados sobre la suerte de los pueblos extraños al conflicto.

No se necesitan esfuerzos laboriosos para reducir a una síntesis inteligible las enseñanzas sociales de Stuart Mill. Apenas habrá frase en sus tratados que no revele la integridad de su pensamiento. Y apenas se podrá señalar forma de gobierno o institución compatible con el bienestar y el progreso de la humanidad, que no refleje ese mismo pensamiento. En su expresión más simple, lo que sustenta Mill es el derecho irrestingido de opinión y discusión, el derecho de acción según las predilecciones y conveniencias de cada cual, las prerrogativas de la originalidad contra la rutina, de la iniciativa personal contra la costumbre, del individuo contra las imposiciones gregarias de la comunidad. Como norma y criterio del bien o el mal de la conducta, señala Stuart Mill la con-

veniencia y el bienestar, el "welfare" resultante de los actos respectivos.

¿Qué dicen los profesores alemanes de esta doctrina y de su apología del individuo y del sustento que ella les brinda a la independencia y a la originalidad? La encuentran sencillamente candorosa, *naïve*, propia antes de un pueblo de chiquillos que de naciones adultas, atentas al deber de conquistar a sangre y fuego la supremacía mundial. Así lo deja comprender Delbrück en sus apreciaciones sobre los partidos ingleses y sobre la filosofía política británica en general. "La doctrina esencial de este partido" (el Liberalismo inglés) dice el Profesor en uno de sus artículos, "se funda en el principio de que el Estado debe tener por objeto la felicidad del individuo. El alemán no puede menos de sonreír ante esta metafísica ingenua y candorosa. . . . Están de sobre los vocablos alisonantes, y debemos decir lo que sentimos: el bienestar viene a ser el objetivo de la patria. El bienestar de los ciudadanos, serán las palabras de ocasión cuando un padre y una madre anuncian a sus amigos en lo sucesivo que su hijo ha caído heroicamente en la última batalla, peleando por su patria y por su rey. . . ."

Sin duda, los secuaces de la política reaccionaria, se enojen de hombros desdenosamente, como el Profesor Delbrück, ante el nombre de Stuart Mill y el criterio del bienestar de los ciudadanos como norma de la conducta pública. ¿Qué a ellos la felicidad de los individuos? ¿De dónde a estas alturas fantasmas abolidos como el Utilitarismo y el Individualismo del Siglo XIX? ¿No se han aligerado los propios liberales ingleses de sus compromisos con aquella escuela, enarbolando una enseñanza de colores socialistas con las insignias del Estado como meta de sus aspiraciones?

Para los partidos reaccionarios todas las armas son lícitas y oportunas, y nunca dejaron sus voceros de tachar de consejos anticuados, en cuanto pugnarán con sus instintos, las enseñanzas que ayer no más denunciarían los mismos como quimeras perniciosas. Para estos señores y para su escuela, nunca fueron de actualidad las aspiraciones de la libertad, ni fué jamás anticuada ni prematura la idea de agarrar el pensamiento y la voluntad, e incautarse de la persona y los bienes de los ciudadanos.

Este es, y no otro, el secreto del impúdico hossanna con que festejan los recalitrantes en más de un rincón del mundo el triunfo del Kaiser y de sus huestes. Es que el enemigo está en casa, y hay que empezar por denunciarlo y decapitarlo allí, mientras lo barren por otra parte del haz de la tierra los cañones de los aliados. Lo que hoy se disputa en Europa, no son solamente los girones del territorio, sino la causa primordial de la soberanía del sí mismo, del *habeas corpus* en su expresión más amplia, y con ella la causa de la civilización, de la cual la primera fué siempre solidaria. Así se lo ha dicho a las gentes desprevenidas y sanas su sentido común, y hemos visto por consiguiente apasionarse por la causa de Bélgica a quienes nunca se habían cuidado de su existencia, y saludar con alborozo el ingreso de Italia en el número de los aliados a los mismos que ayer le enseñaban los puños, a la hora de sus desplantes imperialistas.

P. PALACIOS.

LA MUERTE DE EUGENIO JACQUET.

HACE unos diez años, un tal Eugenio Jaquet, agente de una vinatería, fijó en Lille su domicilio, con su esposa y cinco hijos, el mayor de los cuales era una muchacha de veintín años llamada Genoveva. Según la descripción que de su vida ha hecho la prensa, Jaquet era un hombre honrado, activo e inteligente, que gustaba de tomar parte en los asuntos públicos, como indica el dato de que fuera secretario de la Federación Nortña de la "Liga de los Derechos del Hombre," organismo político que jugó un papel importante en la famosa cuestión Dreyfus. Era, en fin, uno de esos hombres que los acontecimientos erigen en caudillos.

Al ocurrir la rendición de Lille en Octubre de 1914, Jaquet dedicó todas sus energías a aliviar los sufrimientos de sus paisanos, y a normalizar la organización

social de la ciudad. De la obra de pura caridad pasó insensiblemente al socorro de la patria. Uno de los oficiales de la guarnición francesa buscó asilo en su casa, y este incidente sugirió a Jaquet un plan, que gradualmente fué desarrollando, para acoger en su domicilio a oficiales y soldados franceses extraviados, y facilitarles la reincorporación a los ejércitos combatientes, a través del territorio belga. Cooperaban con él en esta tarea M. Georges Maertens, comerciante en quincallería; M. Deconynck, segundo teniente de un regimiento de reserva; un buhonero belga llamado Verhulst, que como perito en el negocio de contrabando conocía al dedillo todos los amañes para burlar la vigilancia de los alemanes en la frontera; y Genoveva, la hija de Jaquet.

El objetivo de esta asociación no era solamente devolver al ejército francés unos cuantos individuos extraviados, sino aventar al mismo tiempo en Lille la llama de la esperanza en la victoria y del amor a la patria. Vivían los cinco asociados bajo la sombra constante y visible de la muerte, en forma de espías, inspecciones domiciliarias, y amenazas y sospechas del General von Henrich, Gobernador Militar de la plaza. Todo ello no obstante, tenían sus ratos de consuelo y hasta de diversión. En cierta ocasión, un aviador inglés, a consecuencia de averías en la máquina, se vió forzado a aterrizar en las inmediaciones de Lille. Descubierta por Jaquet, en cuya casa se ocultó durante algún tiempo, pudo finalmente regresar a las líneas inglesas, a pesar de una proclama alemana que amenazaba con pena de muerte al que se atreviera a prestarle ayuda. El inglés era de carácter zumbón, y, al despedirse de Jaquet, le prometió volver para agradecerle su generosa hospitalidad. Y en verdad que no dejó incumplida su promesa. Durante un mes entero visitó diariamente la ciudad, dejando caer de su aeroplano, en la plaza de la República, una nota en que saludaba al Gobernador alemán y hacía constar su sentimiento por no haber tenido el gusto de tratarlo personalmente, con ocasión de su agradable visita a la ciudad. Todas las tardes, a las cinco en punto, se presentaba el chusco aeronauta, describía un círculo sobre la plaza, y dejaba caer la nota con las mismas irónicas palabras.

Esta cómica invasión inglesa irritó grandemente a las autoridades alemanas, y en consecuencia, la inmunidad de Jaquet no duró mucho tiempo más. Fué detenido dos veces. La segunda vez, siguiendo una agradable costumbre teutona, pusieron su nombre en una lista de rehenes, so pretexto de que había incitado a declararse en huelga a algunos obreros franceses, a quienes se había exigido que trabajaran en la confección de sacos de arena, destinados a proteger a los soldados alemanes contra las balas francesas. En 10 de Julio de 1915, practicóse un minucioso registro de su casa, y tanto él como su hija Genoveva fueron detenidos y encerrados en la ciudadela. Al principio, los alemanes trataron de arrancar a la moza una confesión condenatoria, por el odioso procedimiento del terror. Al día siguiente, al rayar el alba, la sacaron del calabozo, la hicieron marchar a lo largo de la muralla, junto al foso, y la sometieron a un severo interrogatorio. La muchacha contestó con serenidad y firmeza a todas las preguntas, y, en vista de que no era posible obtener de ella información alguna, fué puesta en libertad. En el mes de Septiembre se celebró en la ciudadela el consejo de guerra contra Jaquet y sus tres asociados. Su defensa fué confiada a un teniente alemán llamado Meyer, abogado de profesión, que cumplió su misión con valor y caballerosidad.

Jaquet no confesó, pero tampoco trató seriamente de defenderse. Su principal propósito era salvar a sus compañeros; y el de éstos el salvarlo a él. En el juicio se adoptó un procedimiento por demás abominable. Se obligó a Genoveva a que apareciera como testigo contra su padre, previo un aviso del tribunal de que, si no confesaba cuanto sabía, sería condenada a diez años de trabajos forzados, o a quince de reclusión solitaria. Las amenazas resultaron inútiles. Al terminar su declaración, no se le permitió que saliera de la sala, y así tuvo que asistir a todos los actos del terrible drama. En el curso del juicio oyó a uno de los jueces tratar de sobornar al belga Verhulst, quien inmediatamente respondió indignado que

semejante oferta era un insulto. Aunque el defensor alemán de Jaquet habló con elocuencia y convicción, los reos estaban convencidos de que su suerte ya había sido decidida antes de que se celebrara el consejo. Jaquet terminó su declaración con esta "confesión de fe":

"He obrado con arreglo a mi conciencia y según mi deber como ciudadano francés. No me arrepiento de nada de cuanto he hecho, y no temo la muerte. Solamente os pido un favor: que perdonéis la vida a mis amigos."

Los tres amigos, por su parte, se limitaron a añadir:

"Somos responsables de los mismos actos, y tenemos, por lo tanto, derecho a la misma recompensa. Deseamos morir juntos."

Y lograron su deseo. El tribunal los absolvió del supuesto delito de espionaje, pero los condenó a muerte por todos los demás cargos de la acusación. Los tres días siguientes al de la celebración del consejo pasaron los cuatro amigos en sosegada y agradable conversación. A las tres de la tarde del tercer día se les comunicó que a las seis de la madrugada del día siguiente serían pasados por las armas, al pie de las murallas. Escucharon en silencio la sentencia. ¿Se les permitiría hablar con el defensor? No. ¿Podrían despedirse de sus familias? Sí. "Después de todo—dijo el belga—los alemanes son bondadosos. Nos dejan disponer de quince horas, a fin de que podamos arreglar nuestros baúles para el largo viaje."

Cruzáronse las últimas palabras de despedida. Madame Jaquet solicitó en vano permiso para hablar con el Gobernador militar. Y aunque su petición de indulto fué transmitida al Emperador, se le advirtió caritativamente que con ella no conseguiría ni siquiera retrasar la ejecución de la sentencia. Jaquet pasó la última noche de su vida escribiendo a su mujer. En total escribió tres cartas. Una a las cuatro, otra a las siete, y la última a la una de la madrugada. A las once, los cuatro amigos cenaron juntos por postrera vez. Comieron con buen apetito. "*conversant*—dice el relato francés—avec autant de calme qu'à l'ordinaire." El último sobre escrito por Jaquet iba dirigido "A mi querida esposa. A mis queridos hijos." La carta decía así:

"Después de la carta dirigida a Genevieve, acabo de enviarte otra por conducto de Madame Sylvere. Esta es la tercera y última. Como ya os he dicho, recibiré la muerte descubierta: aguardaremos la descarga de pie, con las manos libres y sin vendas en los ojos. Estas son las condiciones. Gritaremos: "¡Viva la República!" "¡Viva Francia!" Nada diremos a nuestros verdugos, que parecen estar horrorizados de su propia obra. Hemos visto llorar a los soldados. Acabamos de cenar. Hemos comido bien, y esperamos la muerte sin temor. Estábamos convencidos de nuestra suerte, desde el día en que nos separaron de los otros y nos encerraron en este calabozo. Han tratado de tranquilizarnos con toda clase de cuentos, pero las frecuentes idas y venidas, así como la estricta vigilancia de que hemos sido objeto durante algunos días, decían bien claramente cuál había sido el veredicto del tribunal.

"Habíamos sido condenados antes de que nos juzgaran. Decid a Arturo que os enseñe la carta que le escribí hace ocho días, y ya veréis como no me equivocaba.

"¡Pobre Genevieve! Conservó su valor y su resolución hasta el último momento, hasta que me dió el último beso antes de hacer el último esfuerzo para salvarme. ¡Alma noble!

"En cuanto a vosotras, queridísimas Lulú y Susana, siento tener que abandonarlas tan pequeñas, pero sé que seréis buenas y juiciosas, y que no olvidaréis a vuestro padre, que tanto os quiere y que tantas felicidades os desea.

"Sed aplicadas, y hacedos muchas útiles y robustas como vuestras hermanas. Servid de consuelo a vuestra pobre madre. Cuidadla, mimadla, y dadle dos largos besos todas las mañanas y todas las noches, en nombre mío.

"Adiós, cariños míos; sé que seréis la alegría de la casa, y os envío un beso con toda mi alma. Besad por mí a mi linda Genevieve y a mi preciosa Teresa. Ellas habrán de ser vuestras madrecitas, y cuando vuelva León, él será vuestro padrecito. ¡Adiós, lueros míos!

"Y en cuanto a ti, esposa mía, mi más intenso deseo es que logres pronto dominar tu pena y hacerte fuerte. Tienes hijos y debes hacerlo, aunque sólo sea por ellos. Tienes que criarlos y hacer mis veces. Has de vivir una nueva vida, y la compañía de nuestros amados hijos te proporcionará una existencia feliz, colmada de paz y de recuerdos.

"Te honrarán, y podrás llevar alta la frente. Vivirás rodeada del respeto de todo el mundo.

"Despídeme de todos mis amigos.

"Ha llegado la hora. Moriremos como valientes. Los alemanes están temblando de miedo.

"Adiós para siempre, pedazos de mi alma. Os mando a cada una de vosotras, y a mi querido León, un beso apretado, largo, inmenso...

"Adiós, hijos de mi alma..."

"Adiós, mi buena, mi adorada compañera, adiós..."

Jaquet y sus camaradas afrontaron la muerte animados del mismo espíritu que revela esta despedida. Recibieron la descarga, al amanecer, mirando serenamente a sus verdugos, sin vendas en los ojos, y gritando: "¡Viva la República!" "¡Viva Francia!" "¡Viva la Libertad!" "Yo asistí al fusilamiento—escribió el teniente Meyer a Madame Jaquet.—Y acaso sirva de algún consuelo a Vd. y a sus hijos el saber que los cuatro sentenciados murieron como héroes. Todos los oficiales y soldados presentes admiraron unánimemente su bravura."

Para coronar el episodio de ignominia y gloria, debemos consignar que los cadáveres de los cuatro fusilados fueron transportados a la ciudadela en un carro de la basura.

(De *The Nation*, de Londres.)

ARTES Y LETRAS.

EL PROCESO DE NARIÑO.

JOSÉ MANUEL PÉREZ SARMIENTO. *Proceso de Nariño*.—Imprenta de M. Alvarez: Cádiz (España).

LA vida es corta, y una de las miserias inherentes a la brevedad de su curso es que tenemos por fuerza que formarnos ideas determinadas sobre muchos asuntos, de vital importancia algunos, de poca trascendencia los otros. Estas ideas suelen uno recibirlas hechas en la casa paterna, en la escuela pública o en el periódico de la localidad.

Las ideas que nos suministra el periódico local son falsas, según el asentimiento del común de los hombres; pero como vienen repetidas diariamente en una forma perentoria y a las veces plausible, acabamos por adoptarlas aunque, sea en interinidad, en la esperanza de obtener algún día otras mejores con que reemplazarlas. La vida, sin embargo, acaba por imponérselas, y pocos son los que llegan a una rectificación de ese montón de ideas falsas que el periódico diario les inerta en el cerebro en una labor persistente y, en apariencia, desprevénida.

Las ideas que recibimos en la escuela no son falsas, con la falsedad de las que difunde la prensa; pero son algo peor, porque resultan incompletas. Una serie de nociones incompletas, sin conexión entre sí, de las cuales no puede uno hacer uso porque carecen también de contacto con la vida, son peores que una serie continua de proposiciones falsas: un día u otro, las proposiciones falsas en serie continua desaparecen ante los golpes de un ingenio razonador que desbarate uno sólo de los argumentos en la cadena. Las ideas incompletas adquiridas en la escuela son en lo sucesivo un obstáculo para adquirir otras o para obtener un contacto inmediato con la realidad. El que quiera sentar plaza en el conflicto vital debe empezar desde luego, con el mayor ahínco, a desaprender lo que le enseñaron en la escuela. Si no fuera porque el hombre es capaz de adoptar este procedimiento de desaprendizaje, ya la escuela habría hecho cristalizar en formas rígidas el pensamiento occidental, así como cristalizó en Oriente en formas ondulantes y graciosas. La escuela es el medio conservador por excelencia: si su misma tiránica estructura no provocara impulsos de reacción en las mentes

juveniles, ya las ideas habrían pasado a la categoría de momias, dignas a lo sumo de ser conservadas en los museos de antigüedades.

La vida, a pesar de las escuelas, a pesar de la prensa, nos impone la obligación de cambiar de ideas de tiempo en tiempo, lo cual es labor al alcance de inteligencias medianas, y nos exige además que reformemos el procedimiento de que hagamos uso para renovarlas, y en esta empresa, por desgracia, sucumben las inteligencias que no estén vigorosamente dotadas.

En ninguna disciplina son tan funestas las ideas adquiridas en forma incompleta como en las ciencias históricas. Cada documento con que da el paciente removedor de archivos les impone a los reconstituidores del pasado la obra de acomodar ese ladrillo en una estructura ya completa. Es como si al relojero que te entrega la máquina flamante y activa, tú le dijeras que entre las piezas que has debido entregarle para que la montara, faltaba un pequeño eje, debido por inadvertencia entre las gavetas de tu escritorio.

En esta lamentable posición dejan al historiador los cazadores imprudentes de documentos desconocidos; al historiador, quiero decir, que ha tenido la indiscreción de dar por definitivo algún suceso, o ha llevado su temeridad hasta querer fijar la vida de sus héroes dentro de una armazón ensamblada por austeros principios morales. La vida, esta cosa gris, cambiante, escurridiza, informe y tiránica en veces como el destino, no caerá nunca con absoluta precisión dentro de los límites que le fije el más sagaz y mejor equipado de los historiadores en el recinto de su bufete. Por eso todo sistema es una injusticia.

Todas las soluciones son provisionales, así en la política como en la historia; es menester acostumbbrarnos a la transitoriedad de toda afirmación, y acudir con la mayor humildad y con la mayor frecuencia a rectificar nuestras ideas, leyendo documentos como éste con que nos obsequia la tenacidad investigadora de Señor Pérez Sarmiento.

Fué Antonio Nariño, el Precursor como se le ha llamado, uno de los primeros hispano-americanos que se atrevieron a hacer pública en los dominios españoles de América la declaración de los Derechos del Hombre con que sacudieron de su letargo al mundo, las colonias inglesas en América primero y los revolucionarios franceses después.

El proceso a que dió lugar esta publicación es dado ahora a luz en su integridad, o a lo menos en la forma en que lo conservaban los archivos de España. El haber publicado esas palabras, inocentes aunque falaces, por las cuales se han hecho sacrificar tantas gentes de buena voluntad, le valió a Nariño un proceso en que se le acusaba de traidor. A los traidores en aquellos días, se les sometía a procesos que solían durar años, y no se profería sentencia mientras el reo no hubiera hecho uso de todos los medios de defensa. Es del caso recordar la manera como procedía España hace 120 años con sus colonias en rebeldía, para comparar el procedimiento con la ocupación de Bélgica en estos días por una nación que se cree destinada a desviar el curso de la civilización en beneficio de los hombres. El delito de Nariño fué la propagación de un escrito, que, en opinión de los funcionarios españoles, era subversivo, inmoral y herético. Los funcionarios españoles declararon que se trataba de un delito de alta traición, porque Nariño era como ellos un servidor de la corona y porque trataba de desconectar las leyes de que formaban parte sus propias atribuciones. Para las costumbres políticas de la época, el delito asumía caracteres de alarmante gravedad. Sin embargo, a Nariño se le concedieron todos los recursos que señalaba la ley para su defensa, y cuando llegó el caso de condenarlo el magistrado señaló la pena de prisión que debía sufrir en España.

Procesos de este género desencadenaron en Hispano-América el odio contra las instituciones coloniales, y produjeron la revolución que dió por resultado la independencia. Un siglo han gastado hispano-americanos y españoles en denigrar a España por su conducta en América. El proceso de Nariño ha sido la piedra de escándalo en la serie de errores que se le han imputado a la Madre Patria. En 120 años que han pasado, la más sabia (en su propio

concepto) de las naciones europeas escandaliza al mundo con errores y con enormidades ante los cuales la historia colonial de Hispano-América es un juego de niños. En 120 años la humanidad, si hemos de juzgarla por el certamen que nos está dando Alemania, no ha avanzado un paso en el campo de las conquistas morales. El asesinato de Miss Cavell en las circunstancias en que fué perpetrado no lo habría dispuesto ningún virrey español en América: los españoles fueron crueles, pero no olvidaron nunca que eran caballeros. Don Pablo Morillo, un sargento anafabeta, que tuvo su hora afortunada, juzgó que su ignorancia y su fortuna le ponían a cubierto de las leyes del honor y obró, pacificando, como si fuera un tudesco del siglo XX. Don Pablo Morillo fué en Nueva Granada la excepción: a él se le deben la independencia y las agitaciones de la vida política independiente en los primeros años de la República.

Y volviendo a Nariño, este proceso nos lo muestra de cuerpo entero. Antes de ahora la prensa diaria las escuelas, una literatura patriótica de que se alimentaron hasta el hartazgo dos o tres generaciones de intelectuales, nos representaban a Nariño como un personaje de excepción, una capacidad intelectual extraordinaria y uno de los grandes conductores de hombres. No hay para qué escatimarle sus méritos innegables. Era un hombre tenacísimo en sus propósitos; exponía la vida serenamente en la propagación de sus ideas, y estaba dispuesto a conservarla, en beneficio de ellas, por medio de la simulación y la astucia. A la propagación de ciertos principios y a la tarea de encarnarlos en la vida constitucional de una república naciente, le dedicó sus energías, su inteligencia, su tranquilidad, aún los afectos de familia y la aparente prosperidad de que gozaba. Llegó a las fronteras del pesimismo y del desengaño en los últimos días de su vida, y es posible que, como la mayor parte de los políticos neo-granadinos, llevara a la tumba la convicción de que el esfuerzo había sido desproporcionado a los resultados obtenidos y acaso inútil.

Los documentos de que se compone el Proceso sacan su imagen del nimbo indeterminado de la leyenda, la ponen a nuestro alcance y la humanizan sin disminuirla: a su lado en actitud modesta, pero no menos decidida y noble, aparece en el proceso la figura de José Antonio Ricaurte, cuñado de Nariño y Abogado y Agente Fiscal de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá. El haber preparado la defensa de Nariño, acaso el haber tratado de copiarla solamente para presentarla, pues el documento es sin duda obra del mismo acusado, le valió la pérdida de su empleo y el ser confinado a Cartagena de Indias, donde sufrió los horrores de la prisión en Bocachica por un término de ocho años.

En lo que hasta ahora se conocía del proceso, y basándose algunos historiadores precipitados en la conducta de algunos virreyes, de algunas cabezas de la Iglesia y de algunos militares en los dominios americanos del Rey de España, se había resuelto amontonar sobre el sistema de Gobierno colonial en América toda clase de dictérios por su ineptitud, su codicia, su irrefrenable y obstinada crueldad. Este proceso, a pesar de sus dilaciones, manifiesta una persistente voluntad de acertar, y nada está más lejos del Consejo de Indias, por lo que hace a Nariño y a su cuñado Ricaurte, que el deseo de manifestar rigor innecesario, cuanto menos crueldad. Dice así el Consejo en uno de sus dictámenes: "Que también convendrá que por la Vía reservada de Hacienda se consigne orden al Virrey para que reservadamente expida las convenientes y mas precisas a los Ministros y Dependientes de la R.I. Hacienda de aquel Virreynato, previniéndoles y apercibiéndoles para que en el ejercicio de sus funciones y cargos, eviten toda vexación y molestia a los Naturales, porque de lo contrario y verificarse algun exceso en sus operaciones, no solo se les impondrá desde luego la pena de privación de sus empleos y oficios; sino que ademas en caso necesario sufrirán la pena ordinaria irremisiblemente si por su causa resultase alguna inquietud y sedición."

El Virrey Mendinueta, al ordenar el envío de Nariño a Europa en beneficio de la tranquilidad del virreinato, decía: "En el preciso conflicto, o de acceder a la

solicitud de este hombre, o de permitir su muerte, me pareció mas acertada la elección del primer extremo aumentando las precauciones conducentes a la seguridad de su persona y demás que resultan de las diligencias que acompaño."

No fué suerte especial de Nariño, ni puede atribuirse a favor especial de la Providencia que a Nariño le hubiese tocado ventilar su causa en Santa Fe mientras región los destinos del virreinato de Nueva Granada, Espeleta sabio protector de las letras y las ciencias, o Mendinueta, hombre de excelente corazón y de magníficas dotes de gobierno. En aquella colonia los malos gobernantes no fueron la regla, sino la excepción. Antes de que las costumbres se hubieran relajado con los horrores de la guerra de independencia, predominaba un género de benignidad para con los naturales, y los excesos, que los hubo y enormes, más bien resultaban de la malignidad personal de algunos gobernantes que de los principios en que estaba basado el sistema. El mal predominante en el gobierno colonial era el formulismo, la burocracia, omisciente, ubicua y en ocasiones absolutamente incapaz de apreciar los tiempos o los hombres. Bajo el peso de ese legalismo minucioso e inepto gimen todavía algunas naciones hispano-americanas donde los políticos no han podido hacer el esfuerzo que se necesita para disociar el hecho de ganar un sueldo de las obligaciones anexas al oficio de gobernar.

B. S. C.

LA NACIÓN DE LAS MADRES.

EN el dolor incommensurable de la guerra hay una nación sin nombre, sin idioma, sin soberano, sin fronteras. Su territorio no está marcado en ningún mapa. Es una nación secreta cuyos miembros se hallan unidos por lazos invisibles. Esta nación habita en todos los países hoy atarazados por la guerra. Es la nación de las madres. Los sentimientos maternales son idénticos en todas las razas. Sólo aquellos que contemplan la nación de las madres contenida en los países beligerantes, y que escuchan el agónico latir de tanto corazón adolorido, pueden comprender en toda su intensidad la espantosa tragedia de la guerra. Millones de madres sufren en estos momentos la misma mortal congoja. No hay censo capaz de computar el preciso número de madres mortificadas sin cesar por una angustia inmensa. Pero si tratamos de imaginarnos la suma de dolor representada por el padecer incesante de diez millones de madres, podremos comprender la horrible magnitud de la calamidad que hoy azota a la raza humana.

¡Diez millones de madres llorando, como Raquel, por sus hijos! ¡Un océano de lágrimas! Y cada lágrima implica la misma amarga aflicción, ya sea derramada en Warsovia o en Munich, en Cracovia o en Colonia, en Brujas o en Amiens, en Arras o en Ely, en Londres o en Lovaina. El dolor de las madres es un dolor distinto de todos los demás dolores. Nada tiene que ver con las causas de la guerra, con las luchas de las razas, con el orgullo de los imperios. Es un sentimiento más viejo y duradero que cuantos motivos empujan a los hombres a la guerra. Los Estados nacen y mueren, los Imperios surgen, crecen y desaparecen; pero, a través de todas las vicisitudes de los organismos políticos, la nación de las madres permanece intacta, indestructible. Y cuando se rompen todos los vínculos humanos que unen entre sí a las naciones, sólo el vínculo de las madres se mantiene firme. Entre las madres de los soldados que se matan en los campos de batalla existe el vínculo inquebrantable de un amor común.

Gracias debe dar el mundo de que este último vínculo se mantenga sólido, cuando todos los demás se hacen añicos en la tempestad guerrera. El primero en desaparecer es el vínculo de la fraternidad. Aunque con innata repugnancia, los hombres se acostumbran a odiar a otros a quienes nunca han visto. Verdad es que este odio es una pasión artificial, y no es, por lo tanto, cosa fácil el mantenerlo vivo. Uno de los grandes misterios de la guerra es el hecho incontrovertible de que los soldados no odian al enemigo tan intensamente como

los paisanos. La razón de ello es que no es posible matar a un hombre, sin que nos demos cuenta de que es un semejante nuestro. Aquel subalterno inglés que dió un puntapié a un soldado alemán cogido por sorpresa, en vez de matarlo a sangre fría, era algo más que un humorista y más que un buen *sportsman*; era un ser humano.

Con el vínculo de la fraternidad desaparecen todos los demás lazos humanos: el vínculo del arte, el de la ciencia, el de la religión, el de la sabiduría, el de la poesía, el de la música, el de las reformas sociales, el de la medicina. La hoguera de la guerra funde todos los vínculos. Y la pobre humanidad sólo dispone del vínculo maternal para salvarse del retroceso a la ferocidad de los tiempos primitivos. El dios de la guerra borra todos los vínculos menos éste. A través de la humareda de las ciudades en llamas, podemos vislumbrar la faz triste y bondadosa de la madre eterna que, con paciente, inagotable ternura, registra las trincheras de mil campos de batalla, en busca de la cara exangüe del ser querido, apoyando reverentemente su mano en las sepulturas de los muertos, desconocidos e innumerables, y difundiendo por todos los ámbitos del horrendo caos de destrucción y matanza el resplandor divino de su infinita compasión.

Los hombres no pueden siquiera sospechar las terribles torturas de las madres europeas. Les es imposible franquear la profunda sima que separa el corazón de un padre del corazón de una madre. El cariño paterno es distinto del amor materno en calidad y en grado. La pobreza del idioma nos obliga a usar la misma palabra para los dos amores, pero en realidad debería existir un vocablo especial para expresar la maravillosa pasión de la maternidad. El amor maternal es la forma más excelsa del amor humano. Es el menos egoísta de todos los amores. Es un amor a prueba de ingratitudes, de crueldades, y de todas las maldades que aniquilan los demás amores. Así, cuando una nación pide a las madres que entreguen a sus hijos para enviarlos a la muerte, exige algo que vale más que la misma vida. Pocas serán las madres que no prefieran entregar sus propias vidas, en vez de las vidas de los hijos que han traído al mundo. El mayor sacrificio imaginable es el sacrificio de una madre que entrega a la patria la vida de su hijo.

El amor materno está por encima de todas las convenciones y de todos los distinguos de clase, rango y casta. Ante el sacrificio, todas las madres son iguales. La más pobre de las madres da todo cuanto tiene cuando entrega su hijo al ejército; ni más ni menos da la señorona más opulenta de la nación. La guerra une a todas las madres. Los sufrimientos y la abnegación hacen de todas ellas una sola unidad. Las madres forman un gran bloque silencioso de sufrimientos voluntarios. Nuestro nuevo ejército debe mucho más de cuanto podamos imaginar al robusto heroísmo de las madres. ¡Cuántos de esos muchachos que vemos desfilar en largas columnas por las calles de Londres hubieran acudido al gran llamamiento de la patria si sus madres se hubieran opuesto a ello? Al "Venid" de la patria han contestado las madres con un unánime "Id." ¡Qué hijo es capaz de adivinar la terrible congoja oculta tras la sonrisa forzada, la voz temblorosa y el abrazo maternal de despedida?

Los muertos descansan en paz, pero para el dolor de sus madres no hay alivio. Otros pueden olvidar: una madre nunca olvida. Las madres arrastran su dolor hasta la tumba. Para la madre que ha perdido al hijo de sus entrañas, la vida es un perpetuo, lacerante recuerdo que su pena se complace en avivar, contemplando una guedeja de cabellos rubios, una colección de fotografías, una gorra de colegial, trajes, juguetes, y, en fin, todas las múltiples reliquias que una vida deja siempre detrás de sí. Y, sin embargo, las madres británicas no vacilan ni se quejan. Se despiden de sus hijos con la sonrisa en los labios, y con una resolución en el gesto que a veces llega a parecer indiferencia. Cuando lo previsto ocurre, alzan el rostro y miran frente a frente la soledad de sus futuras vidas, sin el más leve asomo de pesar o de remordimiento. No hace muchos días que en la Lista de Honor aparecieron los nombres de dos hermanos: el

uno soldado, el otro marinero. El soldado había sacrificado su vida a la patria en los campos de Francia; el marinero había muerto luchando en el Mar del Norte. ¿Acaso puede haber sacrificio comparable al de la madre de estos dos héroes?

Ante tanta abnegación, lo más que puede hacer un hombre es posttrarse de hinojos, como prueba de humilde reverencia y profunda gratitud que no es posible expresar con las palabras. Sólo una causa pura y noble puede santificar tamaño sacrificio. Las madres no habrán sufrido en vano, si su dolor sirve para redimir a la humanidad. ¡Ojalá que sus angustias hagan brotar imperiosa la voluntad del mundo! La voluntad de hacer reinar sobre la tierra, perpetuamente, la paz universal.

JAMES DOUGLAS.

(De *The Daily News & Leader*, de Londres.)

POESÍA.

CORAZÓN.

Corazón, sé una puerta cerrada para el odio :
de par en par abierta siempre para el amor.
Sé lámpara de ensueños celestes, y custodio
de cuanto noble germen nos prometa una flor.

Corazón, ama a todos, late por todo anhelo
santo, tiembla con todo divino presentir ;
da sangre a cuanto impulso pretenda alzar el vuelo ;
calor a todo intento de pensar y vivir.

Sé crátera de vino generoso, que mueva
a los grandes propósitos. Sé vaso de elección,
en donde toda boca sedienta la fe beba.
Sé roja eucaristía de toda comunión,
¡ corazón !

EL ENMASCARADO.

¡ Presientes que más tarde, cuando ya se precisa
la gran visión del Término, tu mente contristada
va a hallar al fin el santo secreto de la trisa ?
¡ Que encontrarás el todo no teniendo ya nada ?

¡ Que con la clara lente de tu humildad sincera
vas a estimar precioso lo menor de la vida
y a calibrar las cosas ya muy de otra manera,
adivinando en todas la excelencia escondida ?

Razonas bien : no hay dicha como no tener nada,
como no buscar nada, porque toda riqueza
la llevamos nosotros en la veta ignorada
que, al cavar de los años, a relucir empieza.

Mineros excelentes son los años, famoso
buzo el Tiempo, que a fuerza de ahondar en lo mejor
de las almas, tropieza con un sér misterioso :
con el enmascarado sutil y silencioso,
que, tras su negra máscara, sonríe en tu interior . . .

AMADO NERVO.

AUTRE IMAGE POUR EXPLIQUER AUX PETITS LA GRANDE GUERRE

Conte au Comte
pour Pâques.

ILS vont . . . Tout l'infini d'un bleu-de-nuit très clair
Où les étoiles sont comme des bulles d'air
Qui montent lentement crever à la surface,
Est l'eau profonde et calme, où surgit ou s'efface,
Suivant que s'épaissit la brume ou qu'elle fonde,
Leur fuite de poissons gigantesques . . . Ils vont.
Parfois, à la clarté d'un jet de feu qu'il darde,
Quelqu'un d'eux, ent'rouvrant un gros ciel rond, regarde
Aux glauques profondeurs ; et, sans qu'on puisse voir
Ce que derrière lui, dans l'ombre, il laisse choir,
Mais qui doit éclater en tombant, car la chute
En un grondement sourd au loin s'en répercute,
Il fait, en son ron-ron sempiternel, soudain,
Entendre comme un bruit de gros rires humains . . .

Ils vont . . . Vers quelle proie, au pourchas par l'espace
De quel monstre comme eux formidable et rapace ;
Et quelle lutte est donc inévitable et va,
Telle que nul encore au monde n'en rêva !
D'énorme et fantastique, avoir lieu tout à l'heure
Aux abîmes où tout la pressent et s'épouvre . . .

* * *

Eh ! bien non, c'est encor plus merveilleux et beau :
Par le nocturne azur tout constellé, si haut
Que la terre invisible est sans feux qui l'étoilent,
Ils vont, aérostats faits d'aciers et de toiles,
Engins prodigieux qu'a pu créer l'Esprit,
Rêve réalisé qui porte l'Homme, épris
Dès toujours de pouvoir enfin cet impossible :
Vaincre la pesanteur, au Ciel inaccessible.
Ils vont . . . Les tourbillons des hélices dans l'air,
En un remous d'argent qui bleussant s'y perd,
Propulsent, au fracas des moteurs par l'espace,
Les fusiformes nefs, sous lesquelles s'entasse,
Aux nacelles d'acier, chaque équipage . . . Ils vont,
Conquérants de l'Azur, beaux guerriers doux et blonds,
Vainqueurs dont le triomphe ébloui rêve encore
Faire tout un butin d'étoiles et d'aurore.

* * *

Eh ! bien non, c'est encore plus " Kolossal " . . . Ils vont,
Presque en sécurité, car qui songerait donc,
Quand Pâques va demain sonner toutes ses cloches,
Qu'ils ont pris, cette nuit, le large et sont si proches ;
Ils vont, ayant à bord leur Kaiser triomphant,
Les Zeppelins, tueurs de femmes et d'enfants ;
A cinq, comme ils ont pu franchir la mer en trombe,
Sur Londres, avant l'aube, ils jeteront leurs bombes
Et s'enfuiront, tandis que là-bas, derrière eux,
Tout l'horizon, sous le ciel bas et ténébreux,
Comme au geste soudain d'une torche brandie,
Flamboiera de l'immense et vorace incendie . . .
Et c'est pourquoi l'on rit, c'est pourquoi si joyeux
De se savoir enfin demain victorieux
Plus que ses sous-marins jamais ne l'ont pu faire,
Guillaume II, parmi ses plus hauts dignitaires,
Cette nuit,—et le fait quoiqu'il semble est réel,—
Fête, le verre en main, son triomphe, en plein ciel.

* * *

Alerte ! . . . Cependant que le champagne grise,
Et qu'on pressent déjà, là-bas, la Ville Grise
Aux confins argentés de brunes de l'azur,
Tout à coup, au plus haut des cieux très clairs et purs,
Quelque chose de blanc apparaît, quelque chose
Qu'on peut croire un instant une nuée éolose,
Lumineusement blanche, au bleu de l'ombre, et qui,
Comme au brûle-parfums où sa blancheur naquit
S'effeuille une fumée en vapeurs pétales,
Se disperse ou se joint, se ramasse ou s'étale.
Et puis, ce semble un vol d'énormes oiseaux blancs ;
Et de plus près, aux yeux que le vin va troublant,
C'est presque, par la nuit si bleue et constellée,
Une apparition de figures ailées.
Mais oui, robes au vent flottantes, nimbées d'or,
Blanches ailes planant d'un lent et calme essor,
Sont-ce pas, cette nuit où les cloches voyagent,
Et de Rome, avec Eux, aux clochers des villages
Comme aux tours et beffrois reviennent, sont-ce pas,
Cette nuit de printemps où sur terre là-bas
Tout rêve au doux miracle enfin des Pâques proches,
Les Anges, ramonnant, rebénites, les cloches ?

* * *

" Alerte ! . . . Brânle-bas ! . . . Jetez bombes et lest ! . . .
" Toute force aux moteurs ! . . . Virez de bord vers
l'Est ! . . . "

Tous, l'hôte impérial et les princes convives,
Se sont dressés, et tous peuvent voir qui les suivent,
Blancs, splendides, dorant d'un reflet tout l'azur,
Les Anges, car ce sont les Anges, c'est bien sûr ! . . .

Ils fuient, les Zeppelins; et si vite qu'en l'ombre
Voici déjà la mer, d'un bleu là-bas moins sombre
Et qui soudain du vol des Angles resplendit.
Alors, et comme si l'abîme les rendit
Tels qu'à jamais l'horreur des vivants les évoque,
Entre deux eaux, flottant aux transparences glauques,
Où descend la clarté du vol éblouissant,
Hâves et nus, tendant leurs membres impuissants,
Surgissent les noyés, dont von Tirpitz se vante.
Et gestes de terreur ou faces d'épouvante,
On peut voir, d'un baiser suprême l'étouffant,
Des mères même encore étreindre leur enfant,
Ou, suspendus d'un bras au bord croulant des lames,
Des hommes, soutenus de l'autre enfants et femme.
Et tous semblent crier vengeance vers le Ciel !...
Ils fuient; et maintenant, décor comme irréel,
C'est sous eux, dans la nuit que les Angles éclairent,
Des pays dévastés comme par nulle guerre,
Où tout semble à plaisir incendié, détruit;
Où quoi que le Progrès ait jusqu'ici produit
Pour ajouter encore à la beauté de vivre,
On l'a su mettre en œuvre avec une rage ivre
Pour massacrer, ruiner et souiller; où l'on voit,
Depuis que le besoin ne connaît plus de loi
Et qu'on a désappris l'erreur sentimentale,
La Guerre qui jadis restait du moins loyale,
Lâchement s'attaquer même aux non-combattants.
Et peuples qu'on exile, et que la mort attend
Aux neiges des chemins de froid et de famine,
Peuples qu'on persécute et que l'on extermine,
S'en vont d'humbles vieillards que l'âge en vain défend,
De deux prêtres, des sœurs, des femmes, des enfants;
Et tous semblent crier vers les Angles vengeance !...

* * *

Alors, et comme aux cris de cette vile engeance,
Le Kaiser éperdu regarde au ciel, soudain
Tout s'éclaire et la France est le plus beau jardin
Qui s'enseiole et refléurisse avec l'aurore;
Et tandis que partout pour chanter Pâque encore,
Les cloches de retour sonnent leurs carillons.
Les Angles ne sont plus qu'un blanc vol d'avions.

M. GUTIERREZ SAMPER.

Pâques, 1916.

APOSTILLAS DE LA GUERRA.

EL MANIFIESTO DE LOS NORTE-AMERICANOS.

EL Manifiesto aliadófilo de los norte-americanos tiene un singular valor histórico, no sólo en virtud de las rotundas afirmaciones que en él se hacen en cuanto a la justicia de la causa sustentada por los adversarios del militarismo alemán, sino en consecuencia del carácter genuinamente nacional del documento. Autorizan con sus firmas este mensaje de simpatía y estímulo 212 presidentes y profesores de universidades, 32 obispos, 27 juriconsultos, y más de 200 escritores, hombres de ciencia, políticos, gobernadores y comerciantes. En total, unas quinientas personalidades representativas de todas las fuerzas vivas de la gran República.

Alemania, o mejor dicho, una gran parte de su prensa, ha acusado a los Estados Unidos, casi desde el comienzo de la guerra, de parcialidad y favoritismo hacia los aliados. Se ha pretendido basar principalmente esta acusación en la rectitud de la neutralidad norte-americana en el hecho de que los aliados hayan podido, y Alemania y sus confederados no, utilizar en provecho propio las fábricas y los mercados de los Estados de la Unión. Salta a la vista lo absurdo de la acusación. Los Estados Unidos nunca se han negado a comerciar con los imperios centrales. Sus lonjas y sus talleres han estado igualmente abiertos, de par en par, para todos los beligerantes. Los industriales americanos han vendido sus productos con mil amores a cuantos gobiernos han

querido comprarlos. Si no han vendido a los alemanes, es porque los alemanes no han querido, o no han podido comprar. Está claro que para no comprar han tenido sus razones, y sobradas. Pero de estas razones no son responsables, ni mucho menos, los gobernantes ni el pueblo de los Estados Unidos. En el Almirantazgo inglés, o en el alemán, es donde Alemania debe formular su queja.

Hay, sin embargo, un aspecto de la guerra con respecto al cual puede decir Alemania, con justeza, que el sentir de la nación norte-americana ya hace tiempo que dejó de ser neutral, si es que, por acaso, hubo algún momento en que sinceramente lo fuera, desde que el Kaiser hizo rodar su artillería por territorios cuya neutralidad habían garantizado sus antepasados solemnemente. Las innumerables crueldades desde entonces cometidas, por el mar, por el aire y por la tierra, no han sido ciertamente muy propicias para obrar un cambio favorable de actitud en el alma norte-americana. Si aún existía en Alemania alguna duda en cuanto a las razones que han ido intensificando, de día en día, la antipatía y la hostilidad del pueblo de los Estados Unidos, el Manifiesto ahora dirigido a las naciones aliadas servirá de plena explicación. En el documento, obsérvese, apenas se hace alusión alguna a los intereses particulares de Norte América — aunque estos intereses significan las vidas de sus ciudadanos — y se elevan a su justo plano las ricas contribuciones de Alemania al común acervo de la civilización moderna. Para mayor abundamiento de imparcialidad, los firmantes hacen constar que entre ellos hay muchos que han cosechado en Alemania su cultura, y algunos por cuyas venas corre sangre germana.

La sentancia norte-americana — como la de la intelectualidad española — se fundamenta en tres razones de carácter esencialmente universal: la cantidad de los tratados, los derechos de las pequeñas nacionalidades, y el peligro que el militarismo prusiano envuelve para el porvenir de la civilización. Es la misma actitud justiciera e internacionalista adoptada por Mr. Wilson en sus Notas al Gobierno de Berlín. "No podemos permanecer callados — dice un párrafo de la última Nota — cuando todos los derechos penosamente conquistados por la humanidad están a punto de sucumbir en el vértice de esta terrible guerra. La severidad de nuestra demanda está justificada por nuestro deber para con nuestros propios derechos nacionales, por nuestro respeto hacia los derechos de todas las naciones neutrales del mundo, y por una justa concepción de los principios humanitarios." De ahí el profundo valor histórico del documento cuya traducción insertamos a continuación. Sus razones son exactamente las causas que están haciendo inminente la intervención de los Estados Unidos en la guerra.

"Nuestro juicio — escriben los manifestantes a los pueblos de las naciones aliadas — apoya vuestra causa. Nuestras simpatías y nuestras esperanzas en esta guerra son para vosotros. Y al manifestarlo así, estamos seguros de expresar las convicciones y los sentimientos de la inmensa mayoría de la nación."

Desde el principio del terrible conflicto actual no han faltado en América manifestaciones individuales de ardiente simpatía por la causa de Inglaterra, Francia y sus aliados, y de horror y abominación ante los métodos empleados por los confederados teutones en el curso de la guerra. Hasta ahora, sin embargo, los americanos, que individualmente no se han recatado para expresar en público y en privado sus opiniones — opiniones que también han aparecido abundantemente en la prensa de todo el país — no se habían decidido a formular sus juicios conjuntamente y de una manera más formal; al principio, porque esperaban que el Gobierno hablara, y más tarde, por temor a crear dificultades al Gobierno en las complicadas negociaciones derivadas de los ultrajes alemanes, y en su esfuerzo para conservar la neutralidad oficial, que sus votos obligan a mantener con la esperanza de que, gracias a esa neutralidad, podría sostentar mejor los vacilantes pilares del derecho internacional, y ayudar así a conservar, según la frase del Presidente, "los cimientos sobre los cuales habrá de reconstruirse la paz."

Ya ha sonado, sin embargo, la hora — en realidad ya hace tiempo que sonó — de que los americanos cumplan con su deber expresando formal y públicamente sus simpatías y sus juicios. Nuestra nación nunca se anduvo reacia en expresar francamente sus simpatías con los pueblos que han luchado por sus libertades. Y ahora consideramos nuestro estricto deber el manifestar claramente nuestra solidaridad de sentimientos con las naciones que están combatiendo para salvar las libertades del mundo y los más altos ideales de la civilización.

Frente a las grandes cuestiones morales en disputa, cuya justa solución es vital para el porvenir de la civilización, la con-

ciencia americana no puede ni debe permanecer en silencio. No puede correr el riesgo de aparecer neutral, sin detrimento de su propia honradez y dignidad. Por esta razón, nos parece oportuno y necesario que la opinión americana se manifieste de una manera colectiva.

Hemos tenido sobrado tiempo para meditar sobre los principales hechos de la controversia. Los aliados teutones, especialmente, no pueden quejarse de que su causa no haya sido debidamente expuesta a nuestro juicio. Los publicistas y profesores alemanes de mayor renombre nos han presentado con gran elocuencia todos los argumentos de la causa austro-alemana. En los Estados Unidos han circulado profusamente numerosos documentos alemanes, y se ha llevado a cabo una activísima y extensa campaña de propaganda, que en varias ocasiones ha podido con razón calificarse de insidiosa.

El juicio americano, deliberadamente formado, se basa principalmente en un minucioso estudio de los documentos alemanes, y en las propias declaraciones alemanas sobre los puntos que se discuten.

Los signatarios de este documento no olvidan las grandes contribuciones aportadas en el pasado por la nación alemana al tesoro común de la civilización moderna. Unánimemente reconocemos nuestra deuda a Alemania. Muchos de nosotros hemos gozado las ventajas de la educación alemana; y algunos llevamos sangre alemana en nuestras venas. Pero el porvenir de esa civilización, que tanto debe a Germania, y aún los propios intereses del pueblo alemán, exigen la derrota de Alemania y Austria en el presente conflicto. Esta es la solución que deseamos y que creemos segura.

Consideramos la invasión de Bélgica como un crimen en absoluto injustificable, que quedará como un estigma indeleble en la historia de Europa. La conciencia del pueblo americano protesta enérgicamente de los ultrajes inferidos a la civilización por vuestros enemigos, y de los métodos de guerra por ellos empleados, en franca pugna con el derecho de gentes y con los principios de la ley moral.

De la decisión final dependen los derechos de las naciones menores, la santidad de los tratados y la salvación de la humanidad de las garras del militarismo.

Una paz que no devuelva Bélgica a los belgas con su Gobierno propio, y que no les entregue una indemnización capaz de reconstruir, en cuanto sea posible, sus ciudades demolidas y sus campos devastados; una paz que no reconozca los derechos de las pequeñas naciones de Europa; una paz que no ofrezca garantías en cuanto a la imposibilidad de que vuelva a estallar una guerra tan terrible como la actual; una paz que no garantice todas estas cuestiones, más bien que un beneficio sería un desastre para el mundo.

Ansiamos el triunfo de la Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia, porque estamos firmemente convencidos de que ese triunfo implica la restauración de Bélgica y de Serbia y la destrucción del militarismo. En nuestra opinión, de la victoria completa de los aliados depende el porvenir de la civilización."

A LOS FALSIFICADORES DE CIGARROS HABANOS.

El campo de acción de la xenofobia alemana se va ensanchando de día en día. Hasta el tabaco habano está en vísperas de contar con su correspondiente Himno del Odio. El Lissauer de la nicotina cubana es un redactor del *Post*, de Berlín. Hé aquí un sabroso párrafo de su última distribita:

"Ya es hora de que purifiquemos la conciencia nacional de la bajuna costumbre que hace a nuestros fabricantes poner fajas con nombres españoles a los cigarros elaborados en Hamburgo, en Bremen y en otras ciudades del imperio. Sólo tímidamente, aquí o allá, surgen algunos nombres alemanes, como Hindenburg, Vaterland, etc., del odioso pantano de palabras extranjeras, pero los Vencedores, Imperiales y Coronas aún siguen campando por sus respetos. Hasta las palabras descriptivas de los colores que aparecen en las cajas de cigarros alemanes son palabras españolas. Los vocablos *Claro*, *Colorado*, *Maduro* y otros de igual calaña ofenden nuestros ojos cuando aspiramos el delicioso aroma de los productos alemanes, cuya azulada humareda debería ser considerada como nube de incienso turiferada en loor al genio de los fabricantes teutones que nos han hecho olvidar la existencia de la isla de Cuba. ¿Hasta cuándo consentirá el pueblo alemán que con tales trucos simiescos continuemos humillándonos y cortejando el ridículo del extranjero? ¿Levantados, oh fumadores, levántos, y exigid con potente voluntad que en estos días de gloria sólo nombres alemanes adornen las tapas de las cajas de cigarros!"

LOS MAESTROS DE ESCUELA FRANCESES Y LA GUERRA.

En las fuerzas combatientes de Francia figuran treinta mil maestros de escuela. Más de 2,000 cayeron muertos en el campo de batalla, solamente durante el primer año de guerra. Actualmente, el número de maestros heridos o prisioneros asciende a 8,000. En bravura no van a la zaga de ninguna otra clase social, pues, según un redactor del *Times*, 45 de ellos han sido condecorados con la Legión de Honor, 52 con la Medalla Militar y

9 con la Cruz del Mérito. Al ser llamados a filas, casi todos solicitaron incorporarse a las tropas combatientes, en vez de prestar servicios administrativos a retaguardia.

Cuando las autoridades francesas se han visto obligadas, en el curso de la campaña, a evacuar una ciudad, los maestros se han encargado invariablemente de cuidar de los intereses de la población civil. Sobre ellos ha recaído el deber de negociar con las autoridades militares alemanas en cuanto al pago de las mercancías confiscadas, y de desempeñar todos los servicios de la administración civil. No menos ardua es la tarea de los maestros que, por razones de edad o invalidez, están actuando a espaldas del ejército. Al estallar la guerra, las escuelas de los distritos rurales quedaron instantáneamente convertidas en puntos de reunión de la comunidad.

Los maestros de escuela reciben dos veces al día los comunicados oficiales; y en lugares apartados de las líneas ferroviarias, donde no se reciben periódicos, ellos mismos copian los partes que después distribuyen profusamente por el distrito. Con frecuencia el maestro lee en voz alta las noticias oficiales a los aldeanos reunidos en la plaza del lugar; hace comentarios sobre las operaciones militares, y en general se esfuerza por mantener a sus paisanos al tanto del curso de la guerra. A él recurren los analfabetos para que les lea o les escriba cartas; él recibe los avisos oficiales relativos a la suerte de los parientes de la gente del distrito, y arregla el envío de paquetes postales a las trincheras o a los prisioneros de guerra.

Gracias a las gestiones de los maestros de escuela, el invierno pasado se enviaron a las tropas combatientes 500,000 bufandas, calcetines y mitones de lana. Por iniciativa suya muchas de las escuelas de Francia se han transformado en salas de recreo, a donde las madres envían a sus pequeñuelos, mientras ellas y sus hijas mayores trabajan en los campos o en las fábricas de guerra. Estos niños, cuyas edades varían entre diez meses y seis años, reciben tres buenas comidas al día, y a veces también ropas que los maestros se encargan de recoger entre los vecinos mejor acomodados de la aldea. Por esta benéfica obra los maestros no reciben subvención alguna del Estado. La recaudación de fondos depende por completo de sus gestiones particulares.

Los maestros han organizado, además, la institución llamada *La Noël du Soldat*, cuyo objeto es proporcionar regalos de Pascuas a las clases de tropa. Un penique de cada escolar aporta anualmente a esta institución más de veinte mil libras esterlinas. Por otra parte, todos los maestros han convenido en que mensualmente se les haga un descuento del 2 por ciento de su sueldo, para contribuir al sostenimiento de la Cruz Roja y de otras instituciones similares.

En todas las ciudades se han presentado numerosos voluntarios para ocupar las vacantes de los maestros que han tenido que incorporarse a filas. De este modo se ha conseguido que el presente curso escolar esté funcionando en condiciones casi normales. La noble y patriótica conducta desplegada por los maestros desde que comenzó la guerra, ha contribuido en no pequeña parte a crear esa bravía tenacidad en la lucha y esa estóica confianza en la victoria final que tan profunda admiración están causando al mundo. Los alemanes no se cansan de repetir que las batallas se ganan en las escuelas, y que sus victorias de los campos europeos son un resultado lógico de los brillantes y sólidos fundamentos de la educación teutona. Francia puede hoy con razón vanagloriarse de haber conseguido un triunfo mucho más grande. Cada maestro de escuela francés, que por incapacidad física no está con un fusil en las trincheras, se ha convertido en un fervoroso apóstol de los ideales que integran la causa de los aliados. Gracias a su abnegación, nadie duda en Francia de la victoria, nadie ignora los orígenes de la guerra, ni la necesidad de sacrificarlo todo, vidas y haciendas, para expulsar al invasor del suelo patrio. Orgullosos de sus colegas debe sentirse en su tumba alasciana M. Hamel, el inmortal maestro del cuento de Daudet. Él mismo, si aún viviera, no habría podido hacer más en bien de Francia.

LA INFAMIA DE WITTENBERG.

El maltrato deliberado y constante de los vencidos pudo haber sido uno de los horrores inevitables de la guerra en las edades bárbaras. Hoy es una cobarde villanía, sin otra posible explicación que la perversidad moral de la nación responsable. Ninguno, entre todos los crímenes imputados a los alemanes en el curso de la guerra, repugna tan violentamente al sentido moral de nuestro siglo, como su absoluta falta de caridad para con los vencidos, ya sean militares prisioneros o paisanos habitantes de los territorios conquistados.

De no haber sido por los socorros tan abundante y noblemente aportados por Inglaterra, España y los Estados Unidos, ya hace tiempo que las poblaciones civiles de Serbia y Bélgica hubieran perecido de inanición. Hasta ahora, todas las naciones civilizadas habían reconocido, y cumplido, la obligación moral de atender con su peculio propio a las necesidades vitales de los territorios militarmente ocupados. Por lo visto, tratándose de Alemania, esa obligación no existe.

En cuanto a los prisioneros de guerra, aunque ya se conocían bastantes detalles de los sufrimientos a que estaban sometidos, por noticias de algunos individuos repatriados, nadie hubiera creído al pueblo alemán capaz de cometer la infamia perpetrada en Wittenberg, durante la horrible epidemia de tífus que diezmó a aquel campamento en los primeros meses de 1915. No cabe poner en duda la veracidad de los hechos recientemente denunciados por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Inglaterra. El Informe, redactado por un juez de reconocido prestigio, se basa en las declaraciones de varios repatriados, entre los cuales figuran tres médicos ingleses que por orden de las autoridades alemanas, prestaron sus servicios en el campamento durante el curso de la epidemia. La acusación está, pues, sostenida por tres personas de cultura, responsabilidad y experiencia personal de los hechos denunciados.

Hé aquí algunos detalles del Informe que el Gobierno inglés se propone traducir y hacer circular por los países neutrales. Desde el comienzo, la alimentación de los prisioneros era mala e insuficiente. Muchos de los soldados no tenían capotes ni camisas, ni botas, ni calcetines. El invierno de 1914-15 fué excesivamente crudo, y como con frecuencia no había carbón para encender las estufas de los miserables barracones en que se hallaban alojados los prisioneros, éstos, para no fallecer de frío, se veían obligados a mantener constantemente cerradas todas las ventanas y a envolverse en paja. El número total de soldados confinados en el campamento, cuyas dimensiones eran muy escasas, pasaba de 16.000. El reglamento disponía que cada tres individuos—un inglés, un francés y un ruso—compartieran cada jergón. No había lavadero adecuado a las necesidades de un contingente tan numeroso. A veces, ni agua había. Cada 120 hombres sólo recibían, con intervalos de varias semanas, una taza de jabón de pésima calidad. Para aterrar a los que se atrevían a protestar, se empleaban perros de presa, y era muy frecuente azotar con un látigo de goma a los quejosos, o castigarlos manteniéndolos atados a un poste, con las manos cruzadas sobre la cabeza, durante varias semanas.

Tan pronto como estalló la epidemia, las autoridades alemanas, incluso todo el personal médico a las órdenes del Dr. Aschenbach, Inspector de Sanidad del campamento, pusieron pies en polvorosa, dejando por completo abandonados a los enfermos, hasta que el Gobierno dispuso el envío a Wittenberg de seis doctores ingleses que se hallaban detenidos en Halle. Tres de estos doctores murieron poco después de su llegada a Wittenberg. Los otros tres son los que ahora garantizan con sus firmas la autenticidad de los hechos denunciados en el Informe. En todo el tiempo que duró la epidemia, sólo una vez se dignó presentarse el Dr. Aschenbach en el recinto del campamento. Esta visita—que naturalmente hizo bien provisto de careta y guantes de goma—ha sido después recompensada por el Kaiser con la Cruz de Hierro. Los médicos ingleses tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para conseguir vendas y medicamentos. En cierta ocasión el mismo Dr. Aschenbach calificó de *Schwein Engländer*

(cochino inglés) a uno de los doctores que insistentemente solicitó su ayuda en favor de los tíficos moribundos. Por su parte, los habitantes de Wittenberg demostraron repetidamente la nobleza de sus sentimientos, mofándose de los prisioneros que a diario acarreaban los ataúdes al cementerio, situado fuera de las alambradas del campamento.

ALÍ-BEN-ALÍATAR.

NOTICIAS.

LA LIGA DE LOS NEUTRALES.

En su última Nota al Gobierno de los Estados Unidos, con motivo de la guerra naval, Sir Edward Grey hacía constar la satisfacción con que tanto la Gran Bretaña como sus aliados verían la constitución de una asociación de neutrales, cuyo objetivo fuera impedir, de modo efectivo, la infracción de los derechos de las naciones no beligerantes. Casi simultáneamente con la expresión de este deseo—que tan alta pone la integridad de la política internacional de las naciones aliadas—se ha fundado una *Liga de los Países Neutrales*, cuyos propósitos son: aunar los esfuerzos de todos esos países en defensa del derecho de gentes; combatir cuantos abusos traten de cometer las grandes Potencias contra los pequeños Estados; defender la santidad de los tratados internacionales; luchar contra los manejos económicos, poco escrupulosos, de ciertas potencias en tiempos de paz; y facilitar en todas las naciones neutrales la difusión de ideas y obras, adecuadas al fin que se persigue, mediante la organización de conferencias, circulación de folletos, y publicación de un órgano periódico.

La *Liga* cuenta ya en todos los países con una o varias secciones autónomas presididas por altas personalidades. La cuota de los socios eventuales es de un franco al año como mínimo; la de los socios fundadores es de cien francos, por lo menos. Los individuos pertenecientes a las naciones beligerantes pueden ser admitidos como socios, eventuales o fundadores, de las secciones que elijan, previo acuerdo del Comité Director correspondiente. La circular-programa de la *Liga* está firmada por Louis Maçon (Suiza), Emilio Verhaeren (Bélgica), Ventura García Calderón (Argentina), Ruy Barboza (Brasil), Miguel de Unamuno e Ignacio Zuloaga (España), Leander J. de Bekker, Willis Fletcher Johnson, Henry W. Andrews, James Philip MacCarthy (Estados Unidos), Venizelos, Platón E. Drakuliz (Grecia), Louis Racmaekers (Holanda), Per Krohg (Noruega), Magalhães Lima (Portugal), y Filipesco, Take Jomesco, y Jorge Tissy (Rumania). El texto de la circular dice así:

“Muy señor nuestro:

Tan bien como nosotros sabe usted de qué modo los territorios neutrales de Bélgica y del Luxemburgo han sido violados y devastados por Alemania, a pesar de los tratados que esta potencia había firmado solemnemente y que hubieran debido proteger a ambos países.

Sabe usted también que el Gobierno alemán calificó esos tratados de pedazos de papel, y que consideró como una “necesidad que no reconoce ley,” los medios que le permitieron atacar más fácilmente a sus vecinos.

Señalando violación del Derecho había venido preparando, por añadidura, en plena paz, nuestro que en su informe oficial y secreto del 19 de Marzo de 1913, las autoridades alemanas escribían: “Pero en la próxima guerra europea, será necesario que los Estados pequeños se vean obligados a seguirnos o sean dominados. En ciertas condiciones, sus ejércitos y sus plazas fuertes pueden ser vencidos o neutralizados rápidamente, y es verosímil que así volverá ser el caso de Bélgica y de Holanda...”

Todo esto se conforma, además, a la teoría oficial alemana que afirma que “los Estados pequeños no tienen los mismos derechos que las grandes potencias.”

Si tales teorías hubieran de admitirse, los neutrales no tendrían más derechos que los proporcionados a su fuerza, es decir, los Estados pequeños no tendrían ya derecho alguno. El mundo volvería a la edad de hierro, a la más primitiva barbarie.

Los neutrales, tan maltratados, tan perjudicados por esta guerra, están en el deber de protestar contra tales teorías.

Es necesario que el Derecho sea reconocido como verdad sagrada. Más que caso de conciencia, es para nosotros cuestión de vida o muerte, porque un mundo en que la fuerza fuese ley única, sería para los Estados pequeños, un mundo inhabitable.

Lejos de desear, con hipócritas pretextos de humanitarismo, una paz precaria, que no sería sino el pretexto a la que seguirían nuevas matanzas, que pondría a los neutrales bajo las más formidables amenazas, deseamos, por el contrario, una paz verdadera, en la que entren el castigo de los agresores y de los culpables, la restauración en todos los derechos de los neutrales despojados y martirizados, la seguridad para los Estados pequeños que podrán vivir en plena independencia.

Por esto hemos fundado la *Liga de los Países Neutrales*, con el concurso de personalidades eminentes de América, Suiza, Grecia, Holanda, España, Portugal, Bélgica — Estado neutral que se defiende permaneciendo neutral según el Derecho Internacional, — de los Países Escandinavos, etc.

Nos honramos enviando a usted nuestro programa, en la plena convicción de que estará usted con nosotros en esta defensa de la gran causa del Derecho, que es la muralla suprema de la civilización.

PUNTOS SOBRE LAS IDEAS.

La revista *Nosotros*, de Buenos Aires, trae en su número 83, correspondiente a Marzo de este año, una nota o artículo del Sr. Alfredo Colmo sobre Rubén Darío. Leemos en dicha nota las siguientes líneas:

“Quien haya recorrido el continente o haya estado en contacto con gentes de los países hermanos, habrá notado el fuerte espíritu de malquerencia que en éstos reina con relación a la Argentina. Se mira a nuestra tierra, como un foco exclusivamente económico (industrial y comercial), y se le niega cualquier virtud artística y literaria. Se reconoce (sic) sus progresos materiales, pero no se admite en ella culto alguno al desinterés y al ideal. Se la considera, en suma, como un país de vacas y novillos, y como un pueblo de extranjeros y de mercaderes. Quien quiera verlo en concreto puede, por ejemplo, recorrer dos artículos de R. Blanco Fombona, publicados en los números de Junio y Setiembre de 1913 en la Revista *HISPANIA*, que ve la luz en Londres.”

La afirmación del Sr. Colmo acaso está justificada por sus personales observaciones: ellas son de mucho peso, y nosotros no nos atrevemos a contradecirlo, porque solamente podríamos oponerle la expresión de nuestros sentimientos, que, como cosa subjetiva, carecería de valor para la inteligencia fría y razonadora de este buen argentino. Solamente nos permitimos observarle que el ejemplo por él acarreado se sale en absoluto de la argumentación. El hecho de que una persona determinada haya apuntado en *HISPANIA* sentimientos o ideas adversos a la Argentina, no significa que esta Revista gire en ese orden de ideas, ni tampoco que los demás países de América las acojan. En *HISPANIA* cada escritor es responsable por los artículos que firma. Y así como algún colaborador acudió a *HISPANIA* para arrojar sobre las cosas argentinas la luz de su propio conocimiento con un desenfado que probablemente no era del gusto de algunos argentinos, la misma Revista acogió los artículos del Sr. Colmo, no precisamente por su valor literario, sino por el mérito que podían tener en cuanto mostraban en ciertos aspectos favorables el problema argentino. Otro de nuestros colaboradores, en un artículo titulado “El país de las Cuatro Dimensiones,” le hizo a la Nación Argentina un homenaje que en *HISPANIA* no se le ha hecho a ninguna otra República americana. Aquí ha tenido hospitalidad el juicioso y bien amueblado espíritu del Sr. Levillier para decir bien de su país.

Por otra parte, no es la Argentina el solo país a quien los colaboradores de *HISPANIA* han tenido que aludir con palabras de admonición o reproche. En la tarea de ilustrar al público hispano-americano sobre su propia política, *HISPANIA* ha tenido, en ocasiones, que decir verdades amargas a los pueblos del Continente, así a los del Norte, como a los del Centro y del Sur: seguirá diciéndolas cuando lo crea necesario, sin ánimo de lisonjear, de captarse voluntades, de engrandecer a nadie innecesariamente, ni de deprimir tampoco la obra de pueblos enteros.

CORRESPONDENCIA.

NOTA. — La responsabilidad de las opiniones expresadas en esta sección, pertenece exclusivamente a los firmantes de los documentos respectivos, sin que la inserción en nuestras columnas implique necesariamente que *HISPANIA* las comparte.

Señor Director de *HISPANIA*,

No es tarde para felicitar a usted por la nota editorial dedicada en el número de Marzo a los propagadores de la *Real*

Política en cierta República Sud-Americana. Le pido hospitalidad para añadir algunas observaciones sobre el fecundo tema.

Hay una frase, ya de fama universal, acuñada a principios de la guerra por un estadista italiano a quien la causa de la civilización es deudora en este momento de inmortales servicios. Toda la pompa retórica del primero de los escritores que usted cita cabe dentro de la frase de Salandra, “Sacro egoísmo.”

Asidos al momentáneo prestigio de este dicho parlamentario, hubo políticos, escritores, hombres de ciencia, que recomendaban la neutralidad a los italianos, como la sola manera de satisfacer las aspiraciones históricas de la monarquía saboyana, de la república inminente o del socialismo por venir. Periodistas tan autorizados como el famoso Rastignac ejecutaron toda clase de fantasías sobre el *giocondo* tema de Salandra. Hubo un instante en que los observadores imparciales en Italia creyeron que la neutralidad armada sería la mejor fórmula de garantía para las aspiraciones del reino. Se opacó el tono de los diarios intervencionistas; los voceros del socialismo neutral cantaron victoria en todos los tonos; el profesorado germanizante comenzó a alabarse a sí mismo imaginándose que a él en primer término era debida esta muestra de cordura dada por los gobernantes italianos al asumir la actitud de perfecta neutralidad. El ejército mismo, disciplinado y ardiente de patriotismo, creyó por un instante que le estaba negado el privilegio de las acciones heroicas por una o dos generaciones. Las gentes extrañas que estudiaban de lejos el pensamiento latino, empezaban también a dudar de sus grandes destinos. Parecía que las teorías del *sacro egoísmo* hubieran cristalizado definitivamente en forma de neutralidad. El sentido práctico, los cálculos de las mentes acostumbradas a juzgar del éxito de las aventuras, según el alza y la baja de los valores, habían indicado ya parcialmente el rumbo de la política italiana: estadísticas minuciosas trajeron a los ojos atónitos de comerciantes e industriales las ganancias netas que iba a hacer Italia aprovechándose de la paz interna; de la paz con sus vecinos, mientras éstos se agotaban en luchas infernales. El sentido práctico de los viejos florentinos, la visión comercial de la vida con que pasó a la historia el veneciano medieval astuto y obstinado en sus propósitos, la viva noción de lo real, que según se dice, es el distintivo característico del romano contemporáneo, se juntaban para decir que la paz era para Italia el modo más directo de realizar sus aspiraciones de bienestar y progreso. Los intervencionistas empezaban a dudar de sí mismos. El mes de Abril de 1915 fué para los amigos de la causa franco-británica en Italia un mes de ansiedades y de esperanzas engañadas.

Faltaba, sin embargo, una ligera prueba. El pueblo tenía señalado un día para celebrar la epopeya garibaldina en la ribera de donde partió hace medio siglo la temeraria expedición de los mil. En esa fiesta había de llevar la palabra d'Annunzio, en nombre del pueblo italiano. El poeta, que vivía en Francia hacia algunos años, en una especie de voluntario exilio, tramontó los Alpes para ir a renovar las memorias épicas del resurgimiento italiano.

La voz, la presencia del poeta, sus palabras cargadas de la emoción que en ese instante hacía vibrar el corazón de los italianos, desencadenaron la tempestad. El pueblo dió con la persona que expresara sus sentimientos, y asumió aquella actitud arrolladora, delante de la cual el gobierno italiano consideró que estaba en el destino irremediable de ese gran pueblo tomar a su cargo la defensa de la justicia y la protección de los débiles. La opresión centenaria a que habían estado sometidos los italianos en Austria había enconado el odio antiguo de las razas. No era posible seguir siendo indiferente ante el problema doloroso del irredentismo. La suerte de Bélgica, la conducta de Alemania con los países neutrales, las redes de explotación indolente tendidas por el tudesco en toda la extensión de la península, produjeron un estallido en que la prudencia del gabinete hubo de leer claramente el oráculo de sus destinos.

La voz de un poeta se había sobrepuesto a la prudencia y sagacidad de los políticos envejecidos en el oficio. La frase que había cantado en tonos misteriosos la plenitud de la vida, venía a servirles de propulsor a los fríos calculadores en cuyas manos estaba la suerte de la tercera Italia. Las listas de cifras sordidas se elevancieron ante los cortos renglones y las rimas insoportables del poeta moderno.

¡Todavía hay quien mide por la extensión de los mercados y por las estadísticas aduaneras el gesto sublime de los pueblos!

¡Todavía hay escritores de estirpe latina empeñados en negar con frases mágicas la fuerza de las ideas y de los principios en las modernas luchas nacionales! Poco hace que enterraron a Bismarck, y ya su memoria putrefacta no circula ni siquiera

entre las estatuas soñolientas de la Avenida de la Victoria. Los principios, los ideales han venido a desempeñar en esta guerra el papel de una fuerza cósmica. El teutón adusto ya lo ha comprendido, cuando presenta sus excusas al Gobierno americano por el asesinato de los no combatientes, y cuando, después de haber oprimido a Bélgica con todo el peso de su brutalidad, su codicia y sus odios inmarcescibles, entra a Serbia haciendo protestas de amor indefinidas y tratando de paliar con el gesto zalamero las iniquidades llevadas a cabo en Bélgica, en Francia y en Rusia durante largos meses de torturas.

En el caso de los italianos, la actitud del frío calculador estaba a lo menos justificada por la independencia que le garantizaban a una su marina, su ejército, su industria renaciente y su posición de poder militar de primer orden en Europa. No tenía ofensas que cobrar, y la llaga del irredentismo, viva es cierto y alimentada por Austria con procedimientos *austracianamente viles*, como decía Carducci, no constituía un *casus belli*. Sin embargo, la actitud del frío calculador se desvaneció ante el sentimiento incoercible de la unidad latina y de las tradiciones greco-romanas de derecho y justicia.

No se les pide a las naciones sud-americanas que acompañen el gesto noble de Italia con las demostraciones bélicas de que la monarquía ha sido capaz. Pero sería cordura en los publicistas de una República débil y ofendida por reciente atentado, no invocar en estos momentos ni el *sacro egoísmo* ya enterrado por el poeta de las *Laudes*, ni la política realista de que empiezan a sentirse avergonzados los beneficiarios de la herencia bismarckiana. No es posible que la nación donde florecieron los estadistas más generosos del Continente venga a propagar en estos momentos precisamente aquellas doctrinas de sordidez en las relaciones internacionales que favorecen directamente a sus enemigos,—porque como lo ha dicho Milloud en un momento feliz: “Desde que el derecho se confunde con la fuerza, el deber se confunde con el interés,” proposición evidente por sí misma, de la cual puede decirse, como de los teoremas geométricos, que tiene una recíproca verdadera: “Desde que el deber se confunde con el interés, el derecho se confunde con la fuerza.” En esta última forma, el odioso y sórdido principio pudo ser sostenido por Alemania antes de la guerra y al comenzar las hostilidades. En estos momentos se desdicha Bernhardi, pitagoriza Max Harden y la judería tedesca hace uso de su prensa para rectificar mañosamente los mal aconsejados decires de militares ebrios con un triunfo no obtenido y de estadistas endurecidos artificialmente bajo la presión de las bayonetas.

Ni la fuerza ni el interés forman la base de la vida civilizada: a esta afirmación debe acogerse sobre todo la nación que siente todavía el escozor de la herida causada en sus flancos por la mano de un hombre a quien le dió la suerte en un momento dado la capacidad de usar en provecho propio uno de los más poderosos instrumentos que ha forjado la vida internacional.

Si los publicistas de una nación débil y ofendida por la fuerza brutal propagan en esta hora de malélicos augurios para el porvenir de la raza latina en América la cantidad del interés mezquino y directo, en contra de los grandes principios morales que con su sola eficacia salvaron al mundo romano en Septiembre de 1914, ¿a dónde volverán los ojos los representantes de ese

país, que en América y en Europa están encargados de prosperar su causa invocando tan sólo la moralidad de las relaciones internacionales y los principios de la justicia indeficiente? ¿O van aquellos publicistas a endurecer el tuerto de que fué víctima su patria por medio de los grades cañones, de las vigorosas escuadras aéreas y submarinas, de las legiones numerosas y agueridas que en Europa no logran forzar el destino ni atenuar el valor de los grandes ideales históricos?

La historia universal se complace en hacer juegos malabares de ironía, allí donde los hombres se esfuerzan en tomar posiciones de la más absoluta y musulmana seriedad. A tiempo en que los periodistas de Repúblicas indefensas proclaman la doctrina del egoísmo nacional y amenazan, tan campantes, con que harán prevalecer los intereses de su país contra las demás naciones de la tierra que los tengan opuestos, el Presidente de los Estados Unidos, la nación más fuerte del globo, aislada de sus posibles enemigos, defendida por su aislamiento y por la incógnita medrosa de su posible esfuerzo, desafia a la Alemania y a los aliados de Alemania para salir en defensa de los derechos ultrajados de la humanidad. El Presidente Wilson ha leído en el libro de los humanos destinos la lección de Bélgica.

Los periodistas a quienes usted alude, Señor Director, están leyendo todavía los chistes brutales del Canciller que vino a sitiar a París y a complacerse en la miseria de las mujeres y los niños, después de haber falsificado el telegrama de Ems en favor de los intereses exclusivamente prusianos.

La actitud de esos periodistas queda malsana ante los principios: puesta en comparación con los hechos, pasa de lo cómico, súbitamente, a la inhabitable región donde se movían los héroes minúsculos creados por la fantasía disolvente del dean Swift.

Señor Director :
UN SUD-AMERICANO.

BIBLIOGRAFÍA.

CERVANTES Y EL QUIJOTE (1).

EL 23 de Abril de 1616 moría cristianamente en España, anciano ya, un hombre a quien la vida hizo fuerte, y el dolor hizo grande. Su patria, no creyéndole un genio, le honró en su muerte como a un escritor eximio. Al sepultarle en el convento de las monjas trinitarias, muy pocos hubieron de comprender que el eclipse de aquella inteligencia era como el anuncio de las sombras que cobijarian a España. A ese hombre, como a casi todos los predestinados, la vida le dió sus heces, la pobreza sus torcedores, la lucha sus amarguras, y la amistad sus desengaños. Pero una fuerte voluntad, que es a menudo compañera del genio, sosteniéndole en sus horas de desfallecimiento. El triunfaría; él, a falta de colegio, aprendería en la escuela del mundo; a falta de

(1) Del interesante libro *Una Lengua y Una Raza* que, como ofrenda a España en el tricentenario de la muerte de Cervantes, acaba de dar a la estampa en Bogotá el distinguido escritor colombiano DON ALFONSO ROBLES.

SOME ASPECTS OF THE WAR,

By S. PÉREZ TRIANA, Editor of "Hispania."

May be obtained from HISPANIA, LIMITED, 7, Sicilian Avenue, Southampton Row, London, W.C.

Price 3/6, Postage 4d.

"Mr. Triana is well worth reading, and it may be remembered that it was he who, at the second Peace Conference, proposed the limitation of the use of automatic contact mines to purposes of defence, supported by Great Britain and rejected by Germany." *Full Mail Gazette.*

"It will prove a very valuable text-book to the student of the events that led to the great European conflagration."—*Globe.*

"Altogether a book which people who cannot do without war literature will find entirely to their taste."—*Academy.*

N.B.—This Book is published in the English language.

maestros, tomaría el de férula rabiosa, el que mejor enseña: el sufrimiento. No sabía él cómo escombraría el camino, si con la pluma o con la espada, pero tenía la seguridad de los fuertes, pensaba que a la gloria llegaría aunque fuese con el alma herida, con las velas de la ambición ya rotas, con el cansancio del que gana la playa de la vejez serena. Y el éxito hubo de sonreírle. Dióle honores, aunque no todos los que merecía; dióle dinero, aunque no holgura decorosa. Aquel hombre que hizo reír, cuando reír era un crimen, y sólo en la muerte se pensaba; aquel hombre que en el seno de una sociedad agonizante, hizo nacer, consoladora y bella, la flor de la alegría; aquel hombre que supo dar calor y vida, regocijo y entusiasmo, a una literatura llorosa y desencantada, fué Cervantes.

Tanto se ha dicho del más glorioso escritor de España, tanto se ha investigado en orden a los más menudos hechos de su vida, que ya parece estar desentrañado lo más oculto, y dicho cuanto hay que decir, con datos rigurosamente comprobados, acerca del príncipe de los escritores castellanos. Y pensamos que, si aún hay lagunas, y es dable llenarlas, tal tarea ha de corresponder al Sr. Rodríguez Marín, eminente cervantista que varios años lleva ya de rebusca paciente, de aplicar todas sus facultades al estudio de la vida y obras de Cervantes, estudios cuyos resultados hemos de conocer en breve, con ocasión de la gran fecha que se aproxima. ¿Qué podríamos añadir a lo que han dicho ya Rodríguez Marín o Fitzmaurice Kelly? Ellos, y otros muchos comentaristas modernos, convencidos de que el Cervantes que antiguos escritores nos pintaban, deificado e intachable, no corresponde a la realidad, nos presentan otro personaje más simpático, más humano, más nuestro, que vivió como viven ordinariamente los mortales, un hombre que acaso corrió la tuna en sus mocedades, que no siempre hizo buenos versos, que se equivocó en ocasiones, que a las veces fué escritor incorrecto, que ha podido morir, como tantos genios ocultos, sin gloria ni nombre, a causa de una circunstancia baladí, como, vaya por caso, si hubiese podido realizar su viaje a América. Así, reducido a sus justas proporciones, el héroe nos resulta en extremo simpático. Loados sean estos comentaristas que hacen decir a Cervantes lo que él dijo; que cuando no saben lo que él quiso decir, callan; que cuando en su vida de él hay un vacío, no lo llenan con ficciones.

Si su obra hace reír, su vida hace llorar. Niño, apenas si puede educarse, pues era hijo de un médico, tan escaso de ciencia, como abrumado de necesidades; joven, lleno de ambiciones, combate en Lepanto, y es herido; esclavo, cuando de regreso a España piratas moros le capturan, cárgasele de cadenas y sufre cinco años de cautiverio; hijo, perdido ya su padre, por sostener a su madre lucha con desesperación, escribe sin éxito, busca renombre en vano, y es lo más si logra que un librero de Alcalá le ofrezca unos pocos reales por su *Galatea*; comisario de galeras, puesto tan reñido con sus aficiones, lleva mal sus cuentas, se le acusa, se le encarcela, y en tal oficio se desespera "como Sansón dándole vueltas al molino en la prisión de Gaza"; viejo ya, escondido en

un rincón de Valladolid, escribe su inmortal novela, fruto de un espíritu fertilizado por los dolores, obra de la vejez, que, al decir de Chanfort, son las obras más hermosas, como son más fértiles las tierras cuando ha pasado el volcanismo.

En lucha, pecho a pecho, con la fortuna adversa; en contacto con hombres sin entrañas, con trujamanes que no aprecian sino el talento que merecades y sabe hacer dinero; conceder de todas las debilidades humanas y de todos los engaños sociales; amigo de estudiar al hombre, estudio que dispone a la melancolía y envenena el carácter, Cervantes, a pesar de todo, conservó hasta el fin su abundante, natural y encantadora benevolencia. Dijérase que de este minero, inexhausto y escondido, sacaba él la tranquila resignación que oponía a los duros golpes de la vida. Su misma ironía es fina y misericordiosa; para los hombres tiene un juicio indulgente; para sus extraviados una palabra amorosa; en casi todos sus personajes hay algo de lo que en él abunda. Habiendo corrido el mundo y palpado sus maldades, acabó por reírse de todo, hasta de sus propios dolores, con la risa fresca de un alma sana y fuerte.

Y aquel hombre tan benévolo, tenía una fortaleza y un valor admirables. Sorprendido en el momento en que iba a fugarse de su prisión con algunos compañeros, se declara único responsable de aquel acto ante el implacable Azán; otra vez, habiendo podido salvarse él solo, prefirió no hacerlo por evitar un peligro cierto a sus camaradas, que en él confiaban; apremiado para que revelase el nombre de sus cómplices en esta misma tentativa, no le conmueven las amenazas, e impasiblemente calla, con una intrepidez, con una lealtad, que a sus mismos jueces sorprende. Y aún le admiramos más al verle ya en Madrid trabajando inútilmente por abrirse camino con sus escritos; en Andalucía haciendo provisiones de aceite y en bajos oficios que le proporcionaban remuneración escasa; viéndole aprisionado en Castro del Río por descuidos y trabacuentas en el manejo de fondos públicos, y haciendo esfuerzos por probar su inocencia en la muerte de Gaspar de Ezpeleta; en tanto que, uno a uno, le iban abandonando los seres queridos que eran objeto de sus afanes; en todas estas circunstancias el ánimo de Cervantes se mantuvo firme, quizá fortalecido por sus cristianos sentimientos.

En cuanto es lícito juzgar las cualidades de un hombre por sus obras literarias, recurso impropio de la crítica seria, por ser ocasión de dislates sin cuento, bien puede asegurarse que en el pecho de Cervantes había una gran piedad, una extrema simpatía por los humildes, por los desvalidos, acaso por haberlo sido él mismo, quizá por reconocer, como casi todos los que han trajuado conciencias, que en estas gentes de ruda costra se albergan las más nobles virtudes y las más bellas abnegaciones. De aquí su empeño en dar nobleza al lenguaje, tenido hasta entonces por plebeyo; de aquí que tanto respetase la socarrona ingenuidad de Sancho, y que los más bellos discursos de Don Quijote, vehementes y cálidos, fuesen dirigidos a los hombres de la hampa, a los seres que en el mundo son ordinariamente menos-

¿Desea Vd. que le enviemos á HISPANIA?

Sírvase recortar este Cupón y remítanoslo acompañado de un giro por 4/- (moneda inglesa) o \$1.00 oro (moneda americana).

CUPÓN.

HISPANIA, LTD., 7, Sicilian Avenue, Southampton Row, Londres, W.C.

Señores Redactores:

Acompaño á ustedes un giro por 4/- valor de la suscripción á un año de su Revista.

Nombre _____

Dirección _____

preciados. No es Don Quijote el que delante de los sencillos sabe estar serio, atento y respetuoso: es Cervantes, que para ellos tiene ternuras esquisitas y solícitos cuidados.

Nunca olvidó el autor del *Quijote* los servicios de aquellas personas que en horas precarias le favorecieron. Es natural, dado que la modestia es terreno harto propicio para la semilla del agradecimiento. Bien sabido es que pocos días antes de su muerte, recordando a los poderosos amigos que en días difíciles le dieron largamente un pan para su madre y un aliento para sus tareas, de ellos habla con tal cariño, con tal amor, que apenas si puede uno contener las lágrimas cuando al Conde de Lemos dice que la enfermedad podría acabar con su vida, "mas no con su agradecimiento." Tan bellas palabras han debido recibirlas el Conde de Lemos y el noble Arzobispo de Toledo, como monedas de gloria con que su favorecido quería que ellos mismos comprasen su propia gloria, a la par que la gratitud de la posteridad.

Dos reflexiones nos sugiere siempre la vida atormentada de Cervantes. Es la primera el considerar que el autor del *Quijote* a punto estuvo de morir desconocido, sin que el mundo supiese que en aquel cerebro tan maravillosas creaciones se ocultaban. Llegado a los sesenta años, lleno de angustias y quebrantos, ha podido pensar que no lograría ya con su pluma lo que alcanzar no pudo en los mejores años de su vida. El sosiego que echaba menos; el hambre que le asediaba; la natural desconfianza del que ya creía su imaginación marchita; cualquiera de estos motivos ha podido impedir esa obra que ya estaba, sin embargo, preparada en la mente de aquel desconocido ingenio. Y estas consideraciones nos llevan asimismo a pensar en los muchos genios oscuros que, habiendo preparado un descubrimiento o una obra maestra, mereced a una serie de esfuerzos, a la cual serie sólo el último escalón faltaba, mueren ignorados, e ignorando ellos mismos el valor

de su tarea. Tal ha sucedido y sucederá siempre. Si Ehrlich logra llegar al 606 en sus penosas investigaciones para la curación de la sífilis, o al 418 para combatir la enfermedad del sueño, se le honra y se le ensalza; pero sólo con 605 experimentos para la una, o 417 para la otra, en los cuales el principal mérito radica, no se le habría llorado en su muerte, como llora hoy la humanidad al gran bienhechor, que al fin de su carrera hubo de ver robadas por la guerra las muchas, muchísimas vidas que él salvó con su prodigioso descubrimiento. ¡Cuán bien estaría que todo hombre pudiese numerar sus esfuerzos, como el microbiólogo sus fórmulas, y que no sólo por el último, antes por los primeros que permanecieron ocultos, se le honrase!

ALFONSO ROBLEDO.

Hispania

Política, Comercio, Finanzas, Literatura,
Artes y Ciencias.

APARECE EL 1.º DE CADA MES.

Condiciones de abono:

Un año	...	...	...	\$1.00 oro.
Número suelto	...	...	...	0.10 "

Escribase á

HISPANIA, LTD.,

7, Sicilian Avenue, Southampton Row, Londres.

Banco del = = = Peru y Londres

LIMA, PERÚ.



Capital suscrito y pagado \$p.500,000

Fondo de Reserva - - \$p.200,000



SUCURSALES

en Piura, Chiclayo, Pascasmayo,
Trujillo, Huaraz, Callao, Cerro de
Paseo, Chíncha Alta, Ica, Mollendo,
Cuzco, Arequipa, Iquitos, Huancayo y
Huacho.

DEPÓSITOS Y PRÉSTAMOS.

Cartas de Crédito, letras de cambio y
giros por cable. Se cobran y descuentan
letras ó se adelantan fondos sobre ellas.

PARIS: 1, RUE DES MATHURINS.

Agencia en Londres:

The Anglo-South American Bank, Ltd.

Old Broad Street, London, E.C.

Aspectos de la Guerra.

Este interesante libro de

SANTIAGO PÉREZ TRIANA

está a la venta en las oficinas de

"HISPANIA" a 4/- el ejemplar.

El precio de la obra para

nuestros corresponsales de América

es de un peso oro, y los pedidos

que se nos hagan deben venir

acompañados de su valor en giros

sobre Londres o en billetes de

los Estados Unidos.



A los libreros abonamos un descuentolde

25 por ciento.

EDITORIAL-AMERICA. *Director : R. Blanco-Fombona.*

Publicaciones : I. Biblioteca Andrés Bello (literatura). —I. Biblioteca Ayacucho (historia).

III. Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales.

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO.

Las mejores obras de los mejores autores de América.
Lujosos volúmenes en 8º, de 300 a 400 páginas a 3,50 pesetas cada uno.

Se han Publicado :

- I.—M. GUTIÉRREZ NÁJERA : Sus Mejores Poesías.
- II.—M. DÍAZ RODRIGUEZ : Sangre Patricia (novela) y Cuentos de Color.
- III.—JOSÉ MARTÍ : Los Estados Unidos.
- IV.—J. E. RODÓ : Cinco Ensayos.
- V.—F. GARCÍA GODOY : La Literatura Americana de Nuestros Días.
- VI.—NICOLÁS HEREDIA : La Sensibilidad en la Poesía Castellana.
- VII.—M. GONZÁLEZ PRADA : Páginas Libres.
- VIII.—TOLIO M. CESTERO : Hombres y Piedras.
- IX.—ANDRÉS BELLO : Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.
- X.—DOMINGO F. SARMIENTO : Facundo (Civilización y Barbarie en la República Argentina).
- XI.—RUFINO BLANCO-FOMBONA : El Hombre de Oro (novela).

En preparación :

- I.—ROBERTO F. GUSTI : Góngora.
- II.—P. E. COYL : El Castillo de Elsinor.

BIBLIOTECA AYACUCHO.

Se han Publicado :

- I. II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY : *Bolívar y la Emancipación de Sur-América.*

Dos lujosos volúmenes de 700 a 300 páginas en 4º. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno. Esta obra es el libro clásico de la revolución de Hispano-América. Es de un interés increíble. Las intimididades de la época y sus hombres se consignan allí ; por ellas pasan pueblos, ejércitos, personajes, instituciones, ideas ; todo el movimiento de una revolución social y política.

- III.—MEMORIAS DE FRANCISCO BURDETT O'CONNOR : *La Independencia Americana.*

O'Connor, como O'Leary, perteneció a la Legión británica de Bolívar. Su obra es la recopilación de recuerdos de un soldado inteligente, que unió su nombre a los más grandes acontecimientos de la época. Esos *Recuerdos* son páginas inéditas, puede decirse, de la historia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile. El autor fué Jefe de Estado Mayor en Ayacucho. La obra en 4º, en papel pluma. Precio 3 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Las *Memorias o autobiografía* de Páez es quizás el libro más novelesco, en su veracidad, de cuantos libros de Memorias se escribieron. ¿Por qué ? Porque Páez fué el héroe americano más fabuloso de cuantos surgieron en la Guerra de Independencia. Fabuloso por sus proezas, por sus arduos, por el imperio que ejercía sobre los llaneros, por las empresas guerreras que acometió con sus caballerías del Apure contra las caballerías y los infantes de España. El, con ciento cincuenta hombres, desafió un ejército de ocho mil ; el general enemigo destaca 1.000 ginetes para que castiguen la insolencia, y Páez lancea y destruye aquellos mil ginetes ; en *Las Quersas del Medio*, él toma las cañoneras enemigas a lanza ; él asalta la fortaleza de Puerto-Cabello, en medio del mar, con infantes que echa a nadar en la oscuridad de la noche.

Se ha dicho, con razón, que si no se conservasen tantos documentos de americanos, españoles e ingleses, todos contastos, las proezas de Páez, andando el tiempo, parecerían leyendas mitológicas.

General de Venezuela, de Colombia, de la Argentina y de los Estados Unidos, Páez es un héroe esencialmente americano.

Esta obra es el relato de las hazañas cumplidas por el General Páez en una guerra de catorce años.

En Preparación :

- I.—MEMORIAS DEL CAPITÁN (español) RAFAEL SEVILLA.
- II.—BOLÍVAR Y EL GENERAL O'HIGGINS.
Obra inédita sobre documentos inéditos por el historiador chileno Don Ernesto de la Cruz.
- III.—BOLÍVAR. INTERPRETACIONES.
Obra inédita del sociólogo y diplomático de Méjico don Carlos Pereyra.
- IV.—LA PSICOLOGÍA DE BOLÍVAR, por R. Blanco-Fombona.

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES.

Obras Publicadas :

- I.—OBESTES FERRARA (Profesor de Derecho Público en la Universidad de La Habana) : *La Guerra Europea : Causas y Pretextos.*
- II.—ALEJANDRO ALVAREZ (Consultor en el Ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores) : *La Diplomacia de Chile durante la Emancipación y La Sociedad Internacional Americana.*
- III.—JULIO C. SALAS (Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida) : *Etнологía e Historia de Tierra-Firme.*

En Preparación : Obras de Gil Fortoul, Andara, Arcaya, Pérez Triana, F. García Calderón, C. A. Torres, Ricardo Jorge Vejarano, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Carlos Pereyra, etc., etc.

Chilean 5 per Cent. Loan of 1910.

Messrs. N. M. Rothschild & Sons beg to announce that Bonds amounting to £41,440 Nominal Capital have been purchased for the Sinking Fund of 1st June, 1916.

New Court, St. Swithin's Lane,
3rd May, 1916.

Chilean Government 5 per Cent. Loan of 1911 (Second Series) for £5,000,000 Nominal Capital.

The Dividend on this Loan, due on the 1st May next, will be paid by Messrs. N. M. ROTHSCHILD & SONS on that day, and on each succeeding day (Saturdays excepted), between the hours of 11 and 2.

Printed Forms to be applied for, and the Coupons left three days for examination.
New Court, St. Swithin's Lane.

Commercial Bank of Spanish America, Ltd.**9, Bishopsgate, Londres, E.C.**20, Broad Street, New York.
74, Princess Street, Manchester.**CASA DE COMERCIO Y DE BANCA.**

Se ocupa de toda especie de operaciones de comercio y de banca: compra y despacho de mercaderías en Inglaterra, el Continente de Europa y los Estados Unidos: venta de frutos de todas clases procedentes de la América Central y del Sur: cobro de letras de cambio en Europa y las Américas: compra y venta de documentos de crédito, acciones, bonos, etc.

1914.

SERVICIOS

DE LA

COMPañIA TRASATLÁNTICA
de Barcelona.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 4 de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires: emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3, directamente para Canarias, Cádiz y Barcelona. Combinación por trasbordo en Cádiz, con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Nueva-York, Cuba, Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 28, de Málaga el 29 y de Cádiz el 30, directamente para Nueva-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso Veracruz el 27 y de Habana el 29 de cada mes, directamente para Nueva-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Se admite pasaje y carga para puertos del Pacífico con trasbordo en Puerto Méjico, así como para Tampico con trasbordo en Veracruz.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual a Habana, Veracruz y Tampico, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 15, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana, Veracruz y Tampico. Salidas de Tampico el 13, de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia.

Para este servicio rigen rebajas especiales en pasajes de ida y vuelta, y también precios convencionales para camarotes de lujo.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Puerto Plata (facultativa), Habana, Puerto Línón y Colon, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabánilla, Curazao, Puerto Cabello, La Guayra, Ponce, San Juan de Puerto Rico, Canarias, Cádiz, Barcelona, Marsella y Génova. Se admite pasaje y carga para Veracruz y Tampico, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de Navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y navegaciones directas. Combina cargueros para Puerto Buenos Aires, con trasbordo en Colon, para Maracaibo y Coro con trasbordo en Curazao, y para Cumaná, Carúpano y Trinidad con trasbordo en Puerto Cabello.

Línea de Filipinas.—Tres viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro miércoles, ó sea: 7 Enero, 4 Febrero, 4 Marzo, 1 y 22 Abril, 27 Mayo, 24 Junio, 22 Julio, 19 Agosto, 16 Septiembre, 14 Octubre, 11 Noviembre y 9 Diciembre; directamente para Port-Saïd, Suez, Colombo, Singapore, Rio de Janeiro, Manila, saliendo de Manila cada cuatro martes, ó sea: 27 Enero, 24 Febrero, 24 Marzo, 21 Abril, 19 Mayo, 16 Junio, 14 Julio, 11 Agosto, 8 Septiembre, 6 Octubre, 3 Noviembre y 1 y 22 Diciembre, directamente para Singapore, demás escalas intermedias que a la ida hasta Barcelona, prolongando el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la Costa Oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Fernando Póo.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo el 2 haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como la acreditado en su dilatado servicio. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques, para rebaja de familias, precios especiales por camarotes de lujo, rebajas en pasajes de ida y vuelta y demás informes que puedan interesar al pasajero, dirigirse a las Agencias de la Compañía.

AVISOS IMPORTANTES: Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebaja de 20 por ciento en los fletes y trato esmerado, como la acreditado en su dilatado servicio. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques, para rebaja de familias, precios especiales por camarotes de lujo, rebajas en pasajes de ida y vuelta y demás informes que puedan interesar al pasajero, dirigirse a las Agencias de la Compañía.

Servicios Comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecido la Compañía, se encarga de trabajar en Ultramar los Muestreos que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los Exportadores.

SERVICIO ESPECIAL.—**Línea Brasil-Plata.**—Servicio mensual saliendo de Bilbao y Santander el 16, de Gijón y Coruña el 18, de Vigo el 19, de Lisboa el 21 y de Cádiz el 23, directo para Rio Janeiro, Montevideo y Buenos Aires: emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el 16 para Montevideo, Santos, Rio Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao. Para este servicio rigen rebajas especiales en pasajes de ida y vuelta, y también precios convencionales para camarotes de lujo.

Agentes en Barcelona:**Sres. RIPOL Y CIA., Gran Vía Layetana, 5****Hispania, Ltd.,**

Having Agents and Correspondents in the principal Commercial and Industrial Centres in Spain and Spanish America, will undertake to find special agents for manufacturers and merchants in any of the countries of the Spanish-speaking world, and also to prepare Catalogues in Spanish and to distribute them. It will also supply all required information as to shipping, consular invoices, etc., with reference to the above-named countries.

Address all correspondence to

HISPANIA, LTD.,**7, Sicilian Avenue, Southampton Row,
LONDON. W.C.****AGENTES DE HISPANIA.**

ARGENTINA ...	Sres. Joly y Cia. — Buenos Aires.
BOLIVIA ...	Sres. Arnó Hermanos — La Paz y Cochabamba. D. Jenaro Ponce de León — Cochabamba. D. Jorge Palenque — Oruro. D. Angel Vasquez — Sta. Cruz de la Sierra.
BOCAS DEL TORO (PANAMÁ) ...	D. J. W. Barranco R. — Bocas del Toro. Sres. Julio López P. y Cia. — Panamá.
CHILE ...	D. Ramón Ugarte, Casilla 50 — Valparaíso. D. Ismael Lombay U. Casilla 32 — Valdivia.
COLOMBIA ...	Librería Americana — Bogotá. Sres. J. M. y E. Acosta Madrido — Barranquilla. Dr. Enrique Lleras — Bucaramanga. D. Santiago R. Lopez — Cartagena. D. José G. Bustos — Cienaga. D. L. Cuberos Niño — Cúcuta. Dr. Joaquin A. Collazos — Cali. Dr. José Gregorio Torres — Girardot. Dr. Agustín Angarita R. — Honda. D. Nicolás Buendía Carreño — Buenaventura. D. Carlos Figueroa — La Unión (Nariño). D. Antonio J. Cano — Medellín. D. Juan Bta. López V. — Manizales. D. Honorio Lanus V. — Pamplona. D. Clodomiro Paz — Popayán. D. Elías Chavez M. — Pasto. D. Juan Lázaro Robles — Ríohacha. D. Luis Izquierdo — Sogamoso. Sres. Arcadio Barros y Cia. — Santa Marta.
COSTA RICA ...	Sres. L. M. Castro y Cia — San José.
CUBA ...	D. Ricardo Velasco, Galiano, 62 — Habana.
ECUADOR ...	D. Julio Esau Delgado — Quito. D. P. Salcedo y McDowall — Guayaquil. D. Pascencio Trujillo — Esmeraldas.
ESTADOS UNIDOS	D. Luis A. Saavedra, 108, W. 78th Street — Nueva York. Brentanos, 285, 5th Avenue — New York. Wm. Fisher & Co, Room 626, 112, Market Street — San Francisco, Cal. D. Alejandro Arango, 340, Buena Vista Street — Los Angeles, Cal.
FRANCIA ...	D. P. J. Mathen, 52 Rue des Petites-Ecuries — Paris.
GUATEMALA ...	Sres. P. J. Guriola & Co, Apartado 27 — Guatemala.
ESPAÑA ...	D. Fernando Blanco, Lista 66 — Madrid. D. Luis Solé, Mayor, Cartagena (Valencia y Murcia).
MANILA ...	Librería de Bren, 29 y 31, Magallanes — Manila, Filipinas.
MÉJICO ...	D. J. López Mendez, 2a Calle San Felipe de Neri 47 — Méjico, D.F. D. Victoria del Valle de Flores 2a Filisola 26 — Toluca. José M. Luna y Cia., Orizaba—Veracruz.
NICARAGUA ...	D. Domingo Calero — Managua. D. Fernando Ampí, — Managua. D. Alejandro Miranda, Apartado No. 6 — Leon.
PARAGUAY ...	D. Teodoro Labrano G., Avenida del Lago — Areguá.
PERÚ ...	Imprenta y Librería Gil — Lima. D. Carlos Bonilla. — Iquitos.
SALVADOR ...	D. J. M. Lacayo Telles — San Salvador.
SANTO DOMINGO ...	Ramón Jansen.
URUGUAY ...	Sres. Barreiro y Cia., Calle 25 de Mayo — Montevideo.
VENEZUELA ...	Sres. L. Mosquera y Cia. — Caracas.

Al escribir a estas Casas, mencionese a HISPANIA.



.....
EN LATAS
 de
1, 2, 4 y 14
libras.

Lyle's Golden Syrup

(Jarabe de Lyle)

DELICIOSO, ALIMENTICIO,
 MUY NUTRITIVO,
 ALTAMENTE PURO.

De venta en todas las tiendas de Abarrotes.

Unicos Fabricantes :

ABRAM LYLE & SONS, L^{TD}.
 LONDRES (Inglaterra).

Servidores de S.M.



el Rey Jorge V.

DICK, KERR

CO., LIMITED.

TRANVIAS

Se construyen y equipan en cualquier parte del mundo.



Los Carros de Dick, Kerr prestando un servicio satisfactorio en Sur América durante una inundación.

278 — Balcarce — 278, BUENOS AIRES.
 46, Avenida Rio Branco, RIO DE JANEIRO.

OFICINA PRINCIPAL

Abchurch Yard, Cannon Street, LONDRES
 INGLATERRA.

ELDERS & FYFFES, LTD.

Servicio directo de Vapores de Primera Clase a las
ANTILLAS, PANAMA, COSTA RICA y COLOMBIA.

Salidas exactas de Bristol y Liverpool todas las Semanas.

Via la más directa para América Central.

Billetes de pasaje directo para GUATEMALA y HONDURAS (vía Jamaica) y para PUERTOS del PACIFICO (vía Colón).

VAPORES :

Camito	6,500 toneladas.
Cauca	6,500 "
Cavina	6,500 "
Coronado	6,500 "
Changuinola	6,000 "
Motagua	6,000 "
Patia	6,000 "

Patuca	6,000 toneladas.
Chagres	5,300 "
Aracataca	4,200 "
Manzanara	4,200 "
Tortiguero	4,200 "
Barranca	4,100 "
Chirripo	4,100 "

Reventazon	4,100 toneladas.
Manistee	3,900 "
Matina	3,900 "
Miami	3,900 "
Nicoya	3,900 "
Pacuare	3,900 "
Zent	3,900 "

Para informes
 dirigirse á :

ELDERS & FYFFES, Ltd., 31, Bow Street, Londres, W.C.

WERTHEIMER, LEA y Cia.,

CLIFTON HOUSE, WORSHIP STREET, LONDRES, E.C.

Grabadores, Litógrafos e Impresores

INGLESES Y EXTRANJEROS.

Títulos de Acciones, Bonos para Gobiernos y Compañías, Cheques, Letras de Cambio,
 Billetes de Banco, etc., etc.

Impresores de "HISPANIA."

Al escribir á estas Casas, méncionese á HISPANIA.